

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para
un estudio
médico-topográfico
de la Comarca



POR
RAFAEL
MAZUECOS

EN lo más viejo del barrio de "aquí arriba" que es el nuevo, lo que se decía atrasares del lugar, coronados por el Alterón, y disimulado entre viviendas humildes pero no rústicas, que forman tortuosas callejas apartadas y rincones desiguales de piso inseguro y picaresca tradición, se instaló esta Cruz, como muchas de la Villa, para que el viandante, por allí con frecuencia embozado y a la sordina, tuviera recuerdo del Calvario y de que se había de morir.

EL CRISTO ZALAMEDA

Elvira Samper nos ofrece una figura fiel de las esquinas del Cristo Zalameda en la época recordada, con su ambiente verdadero que nos hace presentir todo lo que no puede verse, el misterio y la soledad, el gato de los ojos luminosos, agazapado en el albollón blanquecino por el ojo del jabón, la portaila complaciente que se abre silenciosa ante la sombra del embozado, la fragua del sartenero con el acetileno apagado y la bigornia en silencio, la vieja que renquea rellenando de óleo la lamparilla y la lechuza que cruza entre los aleros y perdida en las sombras de la luna lanza su escalofriante graznido.

¡Es una sensación medrosa la de esta nocherniega vía, de ansiedades inquietantes y zozobras angustiosas por lo de la sierpe y la manzana, que el Señor ve pasar serenamente, con su infinita misericordia!

FASCICULO XIX

Viejas de mi familia

La hermana Rumalda, la hermana Eulogia, la hermana Eusebia. ¡Cómo las recuerdo! Tan viejas, tan arrugadas, tan pasadas, tan alejadas ya de todo, reducidas a lo ínfimo material, el bocado de pan, las cuatro ascuas y el renfunfuñeo continuo por las incomodidades mínimas de la vida que tanto tarda en acabar cuando no puede esperarse nada bueno de ella. Las tres eran menudas, morenas, de esa piel fina, avellanada, despegable, limpia y sana, que al estirla y soltar, se va replegando sobre sí misma recobrando los dobleces de la senilidad.

Me han traído su recuerdo otras parientas que van por el camino que ellas recorrieron, al oírles los reproches mutuos, que tanto les oí a aquellas, de las particularidades nimias que no se aguantan y de las quejas increídas que no se soportan y se toman como pesadez o cansera de lo ya sabido y no obstante repetido con la continuidad de las goteras, porque en la lamentación o en el quejido está el único desahogo posible y desahogarse es aliviarse. Siempre me impresionaron mucho las casas donde había muerto la madre y la de los viejos solitarios quebrantados.

¡Pero qué melancolía la que despiertan estas viejas!

Todas salieron del nido paterno, cada una por su lado, como las pajarillas campestres que se pierden de vista en el Cielo. Todas esperanzadas en una vida placentera, diferente de aquella, con *desabrido gusto*, que se les fue aposando durante la infancia y la juventud, por torpeza o impericia de los padres, siempre tenidos por ineptos. Vuelan las pajarillas y se pierden de vista en las alturas. Se posan en la enramada o en la pedriza abrupta, celadas de lince y gavilanes que les arrancan las plumas o arrebatan la vida al menor descuido.

Van en busca del amor y no es posible arredrarse. El camino está cubierto de zarzas que pinchan y laceran la carne, pero la ilusión lo traspasa y se sigue, se sigue, se sigue.....

Si no se perece, se vuelve con las huellas de la travesía y puede ocurrir, como en la casa del hermano Benito, que vuelvan todas las que salieron, aunque alguna se haya aventurado al máximun y reiteradamente.

Esta vuelta al nido que se dejó enfriar es patética, después de no recibir calor en ninguna parte, por haberse *apagado también todos los fuegos* encendidos en el viaje de ida y si alguno no se extinguió totalmente no es aplicable a la propia confortabilidad.

¡Hijos sin madre! ¡Madres sin nadie! ¡Qué contrastes y qué diferencias!

Los primeros pueden ganarlo todo con el tiempo. Los segundos perderán de seguro lo que les quede. Y no es poco, después de aquel impulso y aquella fogosidad del vuelo, que haya un rincón donde ampararse, en lo que se juzgó ínfimo o imperfecto, aunque sea con la incomodidad de oír a la hermana de quejarse.

La soledad de los chicos sin madre se neutraliza con la inquietud, con el desorden, con la vitalidad. La de los viejos se acentúa con el poco vigor, con la templanza y con la continencia.

Los viejos solitarios, desoidos y no vistos por la juventud, que vuelven a juntarse otra vez en el primer nido, sin ninguno de los alicientes que lo animaron antes ¡qué tristes y solos se les encuentran!, como si hubieran equivocado la camada y entrándose en la ajena en lugar de la propia.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico · topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

ABRIL 1967

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Fascículo XIX

Explicación

Los lectores habituales de estos apuntes, que, por ser los únicos conocedores, son los que pueden hablar de ellos y los únicos a quienes se les ha enviado, han respondido de tal manera al requerimiento de la Comisión, que será menester un gran sacrificio para incluir en un libro todas sus aportaciones, que no paran de llegar, pero se hará y quedará patente que la aparición de esta obra fue la exteriorización de un sentimiento general que pugnaba por manifestarse.

Hasta ahora, esa apreciación ha estado reservada a mi persona, aunque no silenciada, ciertamente, porque no he dejado de decirle siempre que se ha terciado, pero con la publicación de este libro se verá más claro que esta es la obra de todos y que se ha concretado en esta publicación como se podía haber concretado en otra cualquiera, sin mérito alguno de mi parte, que me he limitado a darle vueltas a la bandera delante de los tambores que los demás tocaban, el día de la reseña.

Y así seguiremos, porque en Alcázar, a pesar de lo que digan por ahí, los santos, entre viejos y nuevos, son infinitos y, además, para nosotros, todos tienen octava, dándonos tiempo a hacer las cosas a medida de nuestro deseo, así que habrá libro en el que figuren las aportaciones de todos los que tengan el gusto de hacerlas hasta el 15 de Julio próximo y habrá recuerdo para todas las familias, de este sentimiento de fraternidad tan alentador y tan entrañable, que alguien recordará luego, como nosotros lo hacemos ahora con todo lo que ennobleció la vida de nuestros antepasados.

Aunque se le han hecho muchas alusiones ya en el curso de la obra, es un deber y un honor dedicar un recuerdo especial y de

Vida lugareña

ZAPATEROS

Y

ZAPATERÍAS

despabiló su mirada para iniciarlos en las fuentes del conocimiento, pues las zapaterías fueron los puntos de reunión y contacto de los hombres antes de la existencia de los casinos y el cenáculo de instrucción incipiente, con el método rudimentario de la lectura del periódico en alta voz, muchas veces a tropezones, y los comentarios motivados por las noticias publicadas.

Revividas ahora aquellas escenas y aquel ambiente con la madurez de juicio que dan los años, se comprende la influencia y la importancia que aquellas reuniones tuvieron en la evolución de la vida local.

Mi padre, siendo gañán, estuvo muy ligado al artesanado desde que lo recuerdo y en especial a este gremio del tirapié. Por eso y por la costumbre de que los padres llevaran a los chicos *ya descagalados* a las reuniones de los tíos, he conocido y tratado a los del gremio, tanto a los de abajo como a los de arriba y conservo con sus descendientes, seguidores o no de la lezna y de la garlopa, -Heliodoro Sánchez, Alfonso Atienza, Luciano Carretero, Fernando Alcáñiz, Fernando Vaquero, los del tío Trinidad de las Cenjoras, Santiago Mínguez y otros muchos ya fallecidos-, la buena amistad nacida alrededor de la mesa del truque y de la lebrilla del zurra.

Cuando más lo pienso menos comprendo aquella abundancia de zapateros en Alcázar y se explica menos su categoría, porque no eran meros remendones. Y todavía menos en aquella época que enterraban a la gente con las botas de casarse, aunque se muriera de vieja.

El zapatero lo era de verdad y en esta

obra hay pruebas de ello. No vendía nada. Compraba los materiales y hacía el calzado a medida y por encargo. Tenía puerta a la calle, pero no puerta de tienda sino de taller.

Todavía recuerdo con asombro el taller de Francisco Vaquero, el padre de Inocente y de Jesús, de donde creo que salieron todos los oficiales de primera, que fueron muchos, pues la lista es numerosa. Francisco Vaquero Marcos de León, y Dolores Lozano Paniagua, su mujer, fueron los engrandecedores de nuestro arte zapateril, elevándolo a una altura increíble. Sobrina ella del Zapaterillo, de quien Francisco era oficial, en la calle Resa, mujer excepcional, de buena madera y duros principios, que tanto hacen en la vida. Nació en Pedro Muñoz, donde vivía, casada, una hermana del Zapaterillo y al enviudar, se trajeron aquí a la chica de donde ya no saldría jamás.

La casa del Zapaterillo -Manuel Paniagua Rivas- lo fue el número 6 de la calle Resa, aunque también lo fue la número 4 duplicado. La heredó de una hermana -Cecilia-, moza vieja que murió el año 80. Estos hermanos se habían hecho testamento el uno para el otro por estar el Zapaterillo viudo y sin sucesión. Los padres de éstos se llamaban Sebastián y Cándida.

Encontrándose bastante delicado Manuel, el 2 de diciembre del año 84 y teniendo 62 de edad, hizo

testamento nombrando heredera a su hermana Ignacia, mujer de León Villajos Delgado y madre de la Antonia la Zapaterilla -y de Rogelio, Rufo, Jesús y Pilar-, esposa luego de Angel Alarcos y heredera por último de la casa que por estas razones se conoció después como de Alarcos.

Este León era también zapatero y debía trabajar con su cuñado Manuel porque entre las mandas que hizo dispuso a su sobrina Antonia Villajos Paniagua los alquileres de la casa en que vivía desde que se casó.

Manda muy explícita también lo fue la de la Dolores, mujer de Francisco Vaquero, a la que dejó 500 pesetas y a Josefa y Candelas Lozano, vecinas de Pedro Muñoz, 125 a cada una y a su hermano Jesús, 250. Este fue el padre de la Agustina de Juan Antonio Delgado, de la Quiteria de Eulogio Manzanares y de Jesús el de la Emilia de Crisantos y de ese Jesús, perroteño, le debió venir el suyo a nuestro Jesús Vaquero, integérrimo y de grata memoria, sin antecedentes de su nombre, que yo sepa, en su línea paterna.

La muerte ocurrió el 2 de enero de 1889, cinco años después de hacer el testamento y acaeció casi de repente, de una congestión pulmonar.

Logró cierto caudal, para entonces grande, pues además del oficio tuvo labor y a su muerte había tres mulas, alrededor de 20 tierrecillas, unas 10.000 cepas, su casa, su era y su alcacer, por lo que se ve que aunque no tenía hijos que le gastaran, tampoco él lo tiró.

Diversas incidencias de la vida demuestran la trabazón de Francisco Vaquero con el Zapaterillo y también la amplitud del gremio, que aparece por doquier.

Francisco fue el declarante ante el Juzgado de la defunción de Manuel y él fue, también, el que presidió el consejo de familia de Cándido Villajos Chocano (el repostero del Casino) que se quedó sin padres de pequeño y era hijo de Rogelio Villajos Paniagua y de Lorenza Chocano



EL ZAPATERILLO Manuel Paniagua Rivas

Gordo, pálido aceitunado, de poca agilidad constitucional, favorecida por el oficio, dolorido y friolero, que lleva botas con caña y forro de paño en tiempo que no es de frío como se ve por los chicos y por estar hecho el retrato por la feria. Inflado, lleno de gases que le revientan la pretina y no le dejan abrocharse el chaleco cuando la urbanidad imponía llevarlo todo cerrado hasta la barbilla.

El retrato está sellado en Tomelloso por el fotógrafo Nicanor Cañas, que no es apellido tomellosero.

Lleva traje de tricor, con chaleco de solapas y chaqueta con cuello de terciopelo, corbata de ganchillo y camisa blanca con cuello a la moda de hoy y puños postizos, de los que se abrochaban al botón superior de los de la camisa. Pantalones de bragueta con cañones redondos.

Lo encuentro demasiado majo aunque a lo artesano.

Es un cuerpo de circulación entorpecida y retardada, tosedor, que sí, se moriría rápidamente por claudicación cardiaca en un proceso broncopulmonar de los de antes, que no fue de aparición brusca, porque cuando hizo testamento ya le venía achuchando.

Manos abiertas, en extensión, como los escribientes, los cocheros y los comadrones, artrósicas, con articulaciones rígidas, con tofos gotosos en el borde de la oreja y sobrecarga grasosa en los párpados superiores que le cierran un poco los ojos.

Los chicos que le acompañan son Cándido, el repostero, y su hermanilla Lorenza, que murió a poco de hacerse el retrato, mucho antes que el hermano Manuel, el Zapaterillo.

Mínguez, hermana de Segundo el Polvorista. Tutor de este consejo lo fue Diego Vaquero Montalvo, cuñado por partida doble de los polvoristas, pues su primera esposa, Cándida, y, la segunda, Rosa, eran hermanas de la Lorenza, de Segundo, de la Lázara de Castor, de la de Levoiseir y demás hermanas. El secretario lo fue Isidoro López Rivas. Obsérvese qué trabazón de apellidos y qué predominio de la zapatería. La razón de que Diego, padre de Primitivo y Francisco, padre de Jesús, tengan distintos los segundos apellidos es que eran primos hermanos, y probablemente la madre de Francisco hermana del padre de los Parraros.

Actualizada la cuestión resulta, que la casa contigua a la del Zapaterillo era la de la Botonera, que luego tiró Gaspar Santos, criado enfrente de ella en la famosa tienda de Eugenio, su padre, y que ahora posee Esteban Vela.

La del Zapaterillo también fue tirada y reedificada por Angel Alarcos Casarrubios, apellidos cuyo origen no necesitan explicación, pues son campesinos netos, que entró en posesión de ella por su matrimonio con la Antonia la Zapaterilla -Antonia Villajos Paniagua- sobrina y heredera del Zapaterillo que no tuvo descendencia en su matrimonio y por habérsele muerto a la Antonia todos sus hermanos.

Esta casa y este taller del Zapaterillo, donde Francisco Vaquero aprendió el oficio y el trajín de ir al Tomelloso y a otros pueblos a vender en las ferias obra hecha, como iban los talabarteros con guarniciones y cabezadas, fue donde encontró también la mujer ideal para él y para continuar y ampliar el arte en la misma calle y en la misma acera, más arriba, esquina a la calle Tintoreros, donde compró un trozo de huerta, enfrente de la de Girón e hizo su casa que perdura. En aquella casa le tocó a Francisco el premio gordo de la lotería del matrimonio, que es mucho más difícil y mucho más importante que el de la Pascua. Y le tocó, a lo que parece, porque ésto es fallar pleitos sin oír al interesado, con las dos series, la centena y el reintegro.

Nuestro pueblo, punto de confluencia de tantas corrientes, lo es también de la fusión

de matices de la especie humana de toda la comarca, que tiene diferencias profundas, y esta mujer, sin haberla conocido, solo de verla, se puede afirmar su naturaleza, o de Alcázar, donde se efectúa la mezcla o de la línea de Levante, -Criptana, Pedro Muñoz o Socuéllamos-, que nos aporta la finura y discreción en la mujer. Y los zapateros, en su gran mayoría, tuvieron la suerte de poseerlas de esta clase, trabajadoras, calladas, desgrasadas, sufridas y apaciguadoras. Y además, vistosas.

El genio de Francisco salta a la vista, como las gaseosas al abrirlas, que siempre dan el taponazo y luego, nada. Aún estando majó y sin faena, conserva su actitud de hombre de trabajo, expeditivo y cumplidor y en la actitud de la Dolores se ve la compensación y la necesidad de tapar la botella para que no se vierta al destaparse, ¿pero cómo, sin ese gas, hubiera hecho esta pareja aquel taller de 16 oficiales, cuatro mesas y cuatro trabajando en cada una, sin ninguna máquina, todo a mano y a medida? Francisco cortaba las pieles. La Dolores las cosía y hacía los ojales y los oficiales hacían la obra. Y no hace mucho, se conservaban todavía las aguaderas con tapas en las que Francisco llevaba la obra a los pueblos de alrededor con un borrico, pues no era posible que aquel taller se sostuviera con el trabajo de Alcázar, sin que fuera tampoco fácil

con el de toda la comarca, como saben bien los que han tratado de imitarlo en muy diferentes circunstancias.

La Dolores no era mucha mujer, pero fina de piel y de alma, como se ve y de tales condiciones, que todavía hay quien dice que era la Virgen del Carmen, ídolo de los oficiales y de todo el que la trataba, produciendo su muerte una consternación general.

La boca saliente y fruncida de Francisco, que no era de aire de familia, carente de dientones, aunque él lo fuera un poco, lo tomo como uno de los signos del oficio por la costumbre de llenarse la boca de clavos, sujetarlos con los labios e irlos cogiendo uno a uno para clavar la suela. Y cuando no tenían los clavos tenían el pito, porque todos fueron muy fumadores y muy tosedores, cascados del pecho, decían ellos. El que más sacaba el hocico, así como Francisco, y el genio, era el Mudo, pero más o menos todos le daban esa tendencia a los labios.

Entre los zapateros había dos tipos predominantes, los flacos y los gordos, con mayor número de flacos y muy escaso de intermedios.

El Zapaterillo era de los regordetes, aunque el apodo le venía de la temprana edad y escaso desarrollo de cuando empezó a trabajar. De labio superior ancho y rasurado, como Antonio Vaquero, Desiderio, Leo-

nardo, etc. Estos en lugar de sacar el hocico encogían los labios como si le dieran de sí al de arriba, para sujetar los clavos y su mían un poco la boca.

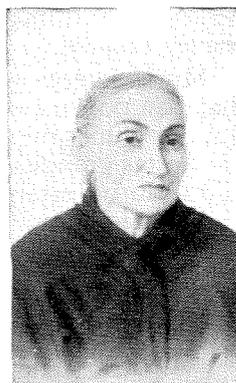
Otro carácter adquirido de los zapateros, que se le nota a Francisco, es el no andar derechos, porque trabajando sentados nunca lo están tampoco y al estirarse se quedan inclinados, como arriñonados y con los brazos alargados, actitud un poco antropoidea, como de no haber alcanzado en su totalidad la actitud eréctil. Dentro del oficio, este carácter general, es más o menos acentuado, según la constitución de cada uno, pero a Francisco, que tiene trazas de zapatero integral, se le nota bien y quien lo recuerde podrá dar fe de ello.

Otra señal del oficio era la anchura de las nalgas, tan ostensible en sus andares y su encallecimiento, de tener el culo aplastado contra el asiento, como tenían también encallecidos los muslos, a la parte arriba de las rodillas, de ponerse sobre ellas la piedra de machacar y estirar la suela y la obra durante el trabajo y el borde cubital de las manos, pulpejo de abajo, de liarse los cabos, después de pasarlos por los agujeros hechos por la lezna, para apretar la costura. Y en el enfranque del pie de tirar de la correa, más por fuera que por dentro.

Usaban un mandil corto, de tela azul, colgado al cuello y atado a la cintura, que escasamente les llegaba a las rodillas, pues en muchos momentos de la confección,



Francisco Vaquero y la maestra Dolores, su mujer, que elevaron la zapatería alcazareña a una altura increíble.



-escofinar, raspar con el cristal, lijar, dar cera y bruñir con la pata de cabra y la bisagra de hierro o de madera-, se apoyan la bota contra el peto y constantemente sobre sus rodillas.

Era natural que las mismas exigencias del taller obligaran a Francisco a iniciar la venta de calzado hecho en su casa de la calle Resa y que se fuera luego Inocente buscando el Cristo Villajos para continuarla en sitio mas visible y transitado, aunque no con mucha abundancia, porque todas las iniciaciones son difíciles y penosas.

En el Cristo no tuvo ya tampoco la zapatería el carácter aquel de casinillo de la calle Resa, divulgador de la ilustración y difundidor de las luces del siglo, donde los médicos de la calle, Manzanque y D. Enrique, pontificaban y proclamaban las maravillas de los principios y la sublime pureza de los ideales.

Muchas veces, los oficiales mayores, trabajaban por su cuenta. Se ponían en común los de algunas mesas y no siendo en vísperas de fiestas grandes, la semana que repartían a dos duros estaban de enhorabuena, trabajando los domingos hasta medio día, que cobraban. Claro, que luego, hasta el martes no había quien pudiera contar con ellos. porque muchos lunes les amanecía echando el truque. Por eso decía la gente:

"Tienen los zapateros,
malas costumbres,
trabajan los domingos,
paran los lunes."

Y en las Pascuas y Ferias se pasaban dos o tres días sin acudir a sus casas.

Francisquillo el sillero, que era de la cuadrilla de allí abajo, movía el baile hasta las tantas y luego seguían con el truque, sin acabar con la paciencia de las mujeres, que cuando les daban las 8 o 10 pesetas de la semana les decían con sorna, "toma, a ver si tienes para perdices o conejos". Y ellas, tan resignadas, respondían:

—Bueno, no te impacientes, que ya veremos de arreglarnos.

Una mañana llegó al taller uno de los más nombrados, que no se habría acostado muy harto. Se metió en la alacena y vió en una

cazuela un trozo de careta con la geta, que tenía preparado la maestra para poner un potaje y se lo comió.

Al echar mano la Dolores y no encontrarlo salió al taller preguntando quien se lo había comido.

—Yo, yo me lo he comido, dijo el interesado.

—¿Cruda y todo?

—No, no señora, estaba frita, estaba frita.

De los oficiales de Francisco, tan notables todos, parece que el "non plus" fue Sebastián, el que vivía en el Arenal junto a la tienda de la Amalia. La obra que salía de sus manos era irreprochable y eterna y de una vistosidad llamativa que dió lugar a anécdotas graciosas como la que le pasó a Alfonso Atienza con un señor de Madrid que se encaprichó de las botas que le había hecho Sebastián y tuvo que encargarle unas. Se llamaba Sebastián Racionero Ruiz, estaba casado con la María la Minayera y solo tuvo un hijo que se le murió mozo, siendo novio de una Pepica. Era muy sordo, casi como el Mudo, razón por la que tal vez se concentraban tanto en el trabajo uno y otro y tenían poca vida de relación, estando siempre solos.

Cuando se fueron estableciendo en sus casas, todos tuvieron la colaboración de sus mujeres para coser los cortes a máquina; solo la Dolores los cosió a mano, si bien tuvo la primera máquina que vino y hasta oficiala aparadora, co-

mo la Chata la Garbancera, María Arias, ya por el año 1.900.

Natalio y Leonardo -Natalio Romero y Leonardo Castellanos- fueron los más decididos en la transformación del oficio por el comercio de la zapatería. La evolución de la vida y el estar establecidos en la calle San Andrés, recibiendo las solicitudes continuas de los marchantes, debieron ser las causas del cambio, estimuladas enseguida por el aliciente de la ganancia cómoda y el auge comercial. Entre los dos fue más decidido Natalio y tal vez porque Leonardo no tenía más que su sobrino Luis, mientras que el otro tenía varios hijos. Natalio tuvo la zapatería de hacer zapatos y también lo del principio de vender hechos, más arriba del señor Bonifacio, donde después, cuando él se bajó a la esquina de la Plaza, puso Segurita la carnicería de vaca y siguió luego Guzmán. Y allí lo recuerdo como si fuera ahora mismo, en la época que la Marota y el más chico de Barajas, zapatero también, moneaban por allí, cuando llegó aquella a la tienda, ya con algún surtido confeccionado, diciendo:

—Yo quiero una cosa que sea y no sea, ¿me entiendes?. Y Natalio, atusándose el bigote (1) para di-

simular sus confusiones, exclamó:

—Si mujer, te entiendo perfectamente, ¿Qué número calzas?

—El 36 largo. Yo quisiera una cosa que sea y no sea, ¿sabes?, para ir a los entrierrillos de los chicos y así. ¿Comprendes?

Pablo y Juan de Mata Marcos de León, los Parraros y Félix Martín Soldado eran de los de allí abajo; de la cuadrilla vieja, como Desiderio Mínguez Fernández, de grato recuerdo, con su zapatería de la Puerta Cervera hasta última hora. Hombre gordo, de buen carácter, como su hermano Miguel, el Colchonero, recurso al que recurrió también Desiderio y otros zapateros, como Félix el del Boquete, -Félix Castellanos Serrano-, el hermano de Enriquillo, porque el oficio no daba de sí para tantos y los veranos, que la buena temperatura y las alpargatas, les hacían la competencia, se ponían a hacer colchones y muchos al oficio de serenos, si bien esto durante todo el año.

En estos menesteres colaboraban mucho las mujeres, que también mediaban apareando en la zapatería, la Crisóstoma Román, de Desiderio, y la Quiteria Alcañiz, de Félix; la de Miguel era Villafranquera, la madre del cura Mínguez, Polonio, de la escuela de D. Cesáreo.

Personaje singular del oficio lo fue el Mudo el Zapatero, el Mudo Girón o Mudo de la Camarena-, Indalecio Marchante Rivas, Oropesa-, que nació en la calle Toledo y murió en la Placeta de la Justa, 1, hombre introvertido a causa de sus limitaciones, listo, trabajador y conocedor de su oficio como pocos, de mal aguante y contundente en sus resoluciones, siempre influenciadas por la suspicacia, inevitable en su estado. Estimadísimo como oficial de primera y respetado por las gentes, temerosas de sus intemperancias. A última hora, con la herencia de Girón tuvo una época de merecido bienestar. Cuando fruncía la boca, con la cara des-

(1) Natalio fue, a lo que alcanza mi recuerdo, el único zapatero con bigote, interpretado seguramente como pujo de señoritismo y mal visto por los amigos que bebían el zurra en el mismo vaso y lo sumergían en la lebrilla para llenarlo después de meter el bigote dentro. De los que dejaron el oficio solo recuerdo con bigote a José María el de los Papeles, que lo ví de beber y chupárselo con la corteza de limón infinitas veces y ninguna sin que la cuadrilla se lo afeara a gritos y a coro. Creo que Inocente, que se hizo un poco señorito, se dejó el bigote también, sin perderle por ello la querencia al vasete, y el Zapatero Gordo, ahora que me acuerdo, que cubría su labio con lacio bigote, a lo maquinista.

colorida y tomaba aquel meneillo, había que apartarse porque se iba derecho al bulto. Como le cundía tanto trabajar y acababa pronto, le daba tiempo a fijarse en lo que hacían los demás y si había alguno que titubeara se lo arrebatava y se lo hacía. Jugando al truque cogía las señas antes que nadie, hasta de los contrarios y en los embites decía quiero, en falso. Como le gustaba tanto el *alpiste* un día se metió en la bodega y se empapó bien. Salieron los zapateros capitaneados por Félix y le propinaron una sesión de tirapié de padre y muy señor mío, porque lo trataban como a un menor, pero a pesar de estar borracho, las chaquetas no se fueron de vacío, que Félix la tuvo que tirar.

Muy conocidos y acreditados, Polonio Delgado, Cándido Alcañiz, Antonio Vaquero Barrilero, el padre de Fernando, Jesús Moraleda, el hermano de D. Vicente, Juan Francisco González, el padre de Lucidio, Ruperto Román, Ojos de Rana, el Moreno y otros.

Hombre de mucho relieve lo fue el Zapatero Gordo, Antonio Campo Vázquez que aunque gordo y lustroso se dejaba de caer, pero una vez, los *sacachullas con la garlopa*, Requena y Bernardo, que le ahondaban con la escofina le urdieron una buena.

Habían venido unos alicantinos a vivir aquí y tomaron una criada forastera. Al día siguiente la mandaron a la Plaza encargándole entre otras cosas, un zapatero que fuera gordo.

La muchacha, criada en secano, ignoraba que se nombran así ciertos pescados y al llegar a la Plaza, que estaba llena de hombres que iban a la compra, como de costumbre y entre ellos Antonio Campo, se dirigió a unos de tantos diciéndoles lo del zapatero que necesitaba y ellos la acompañaron donde estaba el Zapatero Gordo, que quedó sorprendido de que la muchacha le pidiera que la acompañara a casa de sus amos, pero se fue con ella.

Llegados allí, la sirvienta avisó su regreso al ama que le preguntó si había llevado el zapatero.

—Si, señora, en la cocina lo he dejado.

—¿Es gordo?

—Muy gordo.

—Pues sácale las tripas, córtale la cabeza y la cola y ponlas en la sartén que ya voy.

Decían los chungones que a la chica le dió un turrutaco y que Antonio salió haciendo fú.

Con el tiempo les contaba a sus hijos la peripecia en que se vió envuelto y que ahora recuerda su hijo Antonio con regocijo, así como el celo de su padre, que se hubiera dejado sacar las tripas y cortar la cabeza, pero lo otro ni soñarlo, porque con las cosas de comer y las armas de fuego no quería bromas.

Apartados del oficio, habiendo manejado largamente el tirapié, había muchos, José María Escribano, el de los Papeles por el nuevo oficio y Caguillo por tradición familiar, Bernardo el Cartero, Antonio el Cartero, el Cojo Cortés, Calero, Leoncio el de la Maquinilla, Manuel Paniagua..., que se yo, porque la relación es interminable e increíble, Monedero, Garipolla, Melitón, Vargas, el Cojo la Pelustra (Juan Vaquero), Santos Chocano, el de la calle de los Muertos, Tachuela, hombre éste celosísimo que en aquel ambiente de chanzas continuas se tomó muchas rabetas, y dió lugar a incidentes chuscos. La pobre mujer, Gabriela Zarco Perona, pasó lo suyo con él pues por último perdió la cabeza. La madre también estaba que-

josa de tener tres hijos y que solo a uno se le conociera por su apellido, a Manuel Quintanilla Ortega, el barbero. Al ciego le decían el Colgandero y a Francisco, Tachuela. La madre refunfuñaba pero no se enfadaba, conforme con las decisiones soberanas de nuestro lugar.

El sordo Encinas, tan sordo como el Mudo, pero de hablar y reír él sólo, sin dejar intervenir a nadie, ¡agárratel, porque lo tenías que dejar, ¡si te soltaba! El rubio de las Gregorianas, Pedro Arias el del Paseo, Sacramentos el Churrero, etc., el número es infinito.

Sitio muy propio de zapatería lo es el chaflán de las calles de Santa María y Príncipe. Donde estaba Nicolás Abengózar Casero por el siglo nuevo.

Merece mención especial la zapatería del Cojo de la Rochana, en el Arenal, seguramente la más alegre del pueblo. Su nombre José Logroño Sánchez Mateos. Orientada al mediodía, tenía una claridad mediterránea, como la carta aquella de Heliodoro.

La habitación era pequeña pero muy clara, con vidrieras a la calle y al patio, estrecho y largo, bien empedrado. El piso de la zapatería era de yeso. El Cojo tenía su asiento y la mesa a la derecha de la entrada y las hormas en el rincón del fondo, con varias sillas alrededor para los concurrentes, que eran numerosos y nunca faltaban desde

por la mañana temprano, porque allí se acogía a todo el mundo como en su casa o tal vez mejor, ya que nunca se molestaba y se disponía de todo como propio ¡Qué gente tan buena! ¡No es posible imaginárselo! ¡La Morena! ¡Verruga! Los tres mozos viejos. Y lo mismo los casados, Regino, etc.

Encima del sitio del maestro había un retrato de Costa, de los que traían los papeles, clavado en la pared con tachuelas. Era la admiración del Cojo y su parecido, porque aunque D. Joaquín era menos tullido, tenía el mismo torso y la misma testa que dieron a Costa el nombre de León de Graus, porque desde allí lanzaba los rugidos que retumbaban por todo el país. El Cojo no rugía, pero tenía una carcajada, tan franca y ruidosa, que se le oía una legua antes de llegar a su casa. Tenían ambos la misma actitud, de tronco enhiesto, impuesto por la debilidad de las piernas, pero sin barbas y mucho más colorado el Cojo.

En la zapatería se leía el periódico a diario, como en todas las del pueblo, partidarias por eso de los adelantos, pero allí ante una gran concurrencia, que tomaba el sol o la sombra desde dentro y escuchaba la lectura, entusiasmada de la galanura, pero un poco excéptica en cuanto a la veracidad de lo que se decía, que esa es la actitud alcazareña. Y otro detalle muy característico nuestro es que ese rincón progresista, como la esquina del Galgo, la de Raspilla y el Santo, fuera uno de los amparos sólidos de Estrella en días de lucha electoral y uno de sus estacionamientos diarios, cosa que dentro de la rusticidad habla muy alto en favor de nuestra comprensión y nobleza.

José, por lo mismo que no podía tenerse más que en pot ntisim as muletas, por lo pesado que estaba y por írsele las piernas como las de un peiele de trapo, le gustaba ir de caza, como a toda la familia, y se conformaba con ir de codornices con el señor Bernardo. Lo llevaban en un borrico rucio, como el día de la fiesta báquica de los zapateros, el 25 de octubre, San Crispín, y lo pasaba en grande y los demás con él porque se le oía reír desde El Mamello.

El espíritu dominante en las zapaterías era el progresivo y liberal, estimulado sobre

todo por los discursos parlamentarios que fueron honor y gloria de la elocuencia española ante el mundo entero.

La admiración a los grandes tribunos y la inclinación a la broma y a las travesuras de buena ley, no exentas de ingenio y desfachatez, entretenían la vida de los zapateros, nada holgada, pero llevadera por tomarla según venía.

Leer D. Magdaleno en alta voz, en la zapatería de Antonio Vaquero, llena de oyentes, un discurso de tres hojas del papel, pronunciado por Salmerón, Melquiades Alvarez o Canalejas, era emocionante y todavía lo es para mí el recordarlo, porque se lloraba.

De esta escuela común, según los temperamentos y las condiciones, salieron unos más inclinados a la broma, como Calero, Ulpiano, etc. y otros más dados a la austeridad, como Isidoro López y todos muy dados al trabajo aunque más los menos significados en una y otra tendencia, es decir, que los que menos bromeaban y menos politiqueaban eran los que más trabajaban, como pasa siempre y los de más provecho dentro del arte, porque las aficiones o inclinaciones desmedidas o dígame buenas aficiones, quitan valor a lo principal o preferente, que en ese caso deja de serlo para convertirse en servidor o sostén rutinario de la inclinación dominante.

Isidoro, al dejar el oficio, puso una tabernilla en el mismo local, a la que llamó "El Cielo". Era una gran persona, inmejorable, sin ambiciones y sin hijos, juicioso, aseado, educado, bondadoso y generoso, pero fanático de su creencia, como tantos que se condenan de puro beatos y los santos, -estampas-, de su patio eran Castelar, Salmerón, Ruiz Zorrilla y demás celebridades de su tiempo.

Cuando algún correligionario estaba dando las boqueadas, lo visitaba con asiduidad para fortalecer su ánimo, como si estuviera investido de espíritu sacerdotal y si sucedía algún arrepentimiento se lo reprochaba con mansedumbre pero con sincero pesar, de algo que se había malogrado en el instante preciso de su consecución. Y más de cuatro

notables de la Villa escucharon sus salmodias por amparar su debilidad propia en la de las mujeres. Hubiera sido, incluso por su constitución y traza, un gran padre de almas y no difícil de conseguir, porque propendía espontáneamente al amparo del desvalido, al consuelo del triste y a la ayuda del necesitado. Sentía la caridad y la confraternidad humanas de un modo ejemplar.

Isidoro, fue, sin saberlo él, y entre tantos simpatizantes, de los más íntegros seguidores del Krausismo, factor originario fundamental de nuestro liberalismo, representado por el ejemplo convincente del filósofo y sacerdote alcazareño D. Tomás Tapia Vela y los no menos influyentes y preparados, Santiaguillo, D. Antonio Castillo, D. Joaquín, D. Alvaro, D. Vicente Moraleda, D. Manuel, don Leoncio, D. Enrique y muchos más de su categoría, abrigado por toda la zapatería, la arriería y la trajinería alcazareñas, que eran, por razón natural de sus medios y modos de vida, los que podían renovar el aire remansado y concentrado del aldeano vivir, abanicado también y de continuo por el paso del tren y por el aleteo de los periódicos todas las tardes en las zapaterías de cada calle.

El análisis claro de estos hechos esenciales de la vida local, que expliquen la evolución del pensamiento alcazareño y justifiquen

nuestros modos y maneras, aguarda la mente lúcida, serena y amante que lo aborde y puntualice el idealismo iluso y ultraconservador alcazareño, que soporó honestamente tantas gazuzas en su tabuco.

Otra zapatería hecha al sol de la tarde y muy que-renciosa a los panetillos era la de Chamorro en los Alrones, José María Tejado Delgado, sobrino de Polonio, su maestro, que tocaba el bajo en la música con Marcos el Tonelero. Tenía un público que presumía de ilustrado, pero aparte de trabajar menos y vestirse majos no se recuerda nada de ellos.

Más allá estaba Antonio Román, aquel chiquitín de la Cruz del Tolmo. Y Antonio Vázquez. Tomiza, en la calle de la Comadre, nombre madrileño aunque castizo, pero no alcazareño.

Millán, el alguacil, -Manuel Millán Raboso-, también procedía del ramo, cuñado de Antonio Vaquero y de Toboso, el Conductor.

De Gude, ya se dijo el ocurrente cartel que puso una vez en la puerta de la zapatería: "Fernando Gude y hermano, han acordao, a partir de esta fecha, no dar fiao".

El Cojo de la Sabina, que continuó el oficio en Madrid, padre de Naranjito, listísimo, maldiciente, que se llevaba a la gente de calle.

De Ulpiano, ¿qué podría decirse que no se haya dicho o recuerde, si sus actos

tuvieron tal resonancia que todavía retumban por ahí?

En cambio, Calero el Zapatero, al que nadie conocía por su nombre, -Juan Antonio Alhambra Rosel-, que fue de la misma camada, como se hizo *tisnao*, parece que no era del gremio de la suela, pero sus actos lo acreditan como de los más notables.

Tuvo la zapatería en la calle de las Huertas, donde están ahora las loteras y antes de poner allí Quintanilla la barbería y la fábrica del unguento famoso de canutillo que tanto bien hizo chupándoles a los dolientes de donde había y convenía.

A los 14 días de casado Calero, estando en la zapatería con la Dolores, llegaron los amigos a encizañarlo para ir a la feria del Tomelloso. Era un momento malo. Se quedó pensativo y dándole a la cabeza le dice a la mujer:

—Mira, ves preparando la comida que ya voy.

Cuando la Dolores se cansó de esperar volvió a la zapatería y la encontró cerrada, informándola el tío Mona, que se habían ido en una tartana. La mujer se fue con su madre y a los cinco días se presentó Juan Antonio a por ella y la mujer se puso tan contenta que no dijo ni pío.

Hacía muy buenas migas con Gabriel Mata y estando los dos en la feria del Campo vieron una boda que les pareció buena y se colaron en la iglesia incorporados a la comitiva. Se fueron al baile y como lo hacían bien y los convidados se divertían con sus cosas, estuvieron dos días más, entablándose larga relación, pues luego los alcaceños trajeron a los campesinos a la feria, juntaron las cuadrillas y duró la cena y el baile hasta el amanecer.

En otra ocasión pensaron ir a la feria del Tomelloso, pero no tenían más que la tartana. Calero dijo que el arrastre corría de su cuenta y le pidió el caballo a D. Juan Guerras, que se lo dejó y se fueron tan contentos, pero una vez allí, cuando quisieron darse cuenta se encontraron sin dinero. Calero, como los grandes capitanes, dijo:

—Vámonos a acostar y mañana Dios dirá.

Antes de amanecer fue Calero a la cua-

dra, cogió el caballo y se lo vendió a unos gitanos con la condición de que no lo vendieran hasta pasados tres días.

Con una mula prestada del posadero vino a ver a D. Juan, que le dijo:

—¡El caballo es mi ojo derecho! ¡Ya estás en el Tomelloso con un criado a comprar el caballo otra vez!

Vueltos al Tomelloso, los gitanos exigieron 100 pesetas más para devolver el caballo y en eso quedó.

En la tartana habían ido con Calero, Ulpiano, Gabriel Mata, Regino el Panadero, Quintanilla el Barbero y Vaquero el Zapatero, total nada.

Un año se comieron la matanza de Calero. La mujer se lamentaba y él decía:

—¡No te apures Dolores, que menudas habichuelas puedes poner con tantos huesos!

Una hermana de Calero fue la primera mujer de Daniel el del Agua. Daniel era un poco roñoso y estaba malo. Fue a verlo Calero y le preguntó qué había comido.

—¡Ahora mismo te mandaré una gallina!

Salió y le mandó dos, muertas, para que comiera.

Después Daniel decía que así bien podía, porque las gallinas eran del corral de Daniel, que por no matarlas no se cuidaba.

Calero fue terrible, pues las hizo gordas, muy gordas y sus trastadas no desmerecieron nunca de los otros notables de la Villa, que no escaseaban. ¡Qué vida aquella, tan sana y maravillosa; qué satisfacción y qué confianza! ¡Y qué mujeres, qué conformidad y qué resignación para todo! ¡Y cuántos trabajos, cuántas privaciones y cuántos desvelos para criar tantos hijos y seguirle al hombre la corriente! ¡Cuánta sería su fortaleza, cuánto el sentir de su obligación y, a veces, el cariño de lo que se decía, con entera exactitud, su adorado tormento!



SUCEDIDO

Cuando el Manco el panadero, el padre de Simón, era joven, en su época de zapatero, vivía en la Placeta de la Bolsa. Su nombre, ya se sabe, era Francisco Marcos de León y enfrente estaba el abuelo materno de Anacleto Lizcano Marcos de León, que también se llamaba Francisco.

Fueron a buscar al Manco para organizar una estudiantina por la Pascua, dieron con él y le preguntaron por Francisco Marcos de León, y les dijo, contestándoles, que vivía enfrente.

Los del recado se fueron a la otra casa y también dieron con el interesado, que dijo ser él, pero los otros le contestaron que no podía ser porque ellos buscaban a un muchacho joven y él era viejo. El hombre los mandó otra vez al primero y al preguntarle contestó:

—Sí, yo soy, es que no había caído, porque como a mí me dicen el Manco.....

La Estación de Alcázar, con su importancia y prioridad en la red, no ha tenido la suerte de tropezar con el hombre que la engrandeca, haciéndola eficaz, cómoda y económica. Tal vez sea el espíritu de la ciudad el que la tutela, porque es como nosotros y vive de la misma manera. Tiene además, las mismas faltas que la de Madrid, porque no iba a ser la Estación, precisamente, en lo que no nos pareciéramos a la Gran Villa. Una y otra se han desenvuelto con arreglo a como les han ido pidiendo las cosas. ¿Que hace falta una vía muerta? Pues se hace donde menos estorbe. ¿Que después hay que hacer otra cosa y estorba? Pues para no quitarla se le da la vuelta y se hace lo otro más allá. Y así han ido creciendo una y otra, con añadidos inconexos, hasta llegar a los embotellamientos actuales que ya veremos cómo se solucionan.

En Alcázar sería curioso registrar los crecimientos de la Estación, sus motivos y los resultados, porque cada estirón le supuso una enfermedad, como dicen las familias que les pasa a los adolescentes cuando salen de la cama zanquilargos como lo es la Estación.

Una de esas etapas de la edad del crecimiento fue el agregado de Villacisneros, con su muelle de transbordo que se inauguró el 30 de Agosto de 1932. El nombre es africano neto y por similitud con la villa marroquí que sirvió de destierro como

lo parece ésto. **CRECIMIENTOS FERROVIARIOS**
No se puede decir que sea un acierto ni un modelo de nomenclatura alcazareña.

Sus estirones no obedecen a un desarrollo regular y uniforme, es un crecimiento teratológico, circunscrito a un punto, como la Cresta, cosa muy bien dicha y muy alcazareña, porque, al cabo, el cuerpo central, anquilosado y viejo, ha resultado con una serie de crestas o excrecencias, provocadas por las precisiones de cada instante, para salir del paso, por no haberse atrevido a coger todas las Santanillas y a derecha e izquierda hasta Criptana, Marañón y Piédrola, haciendo la Estación que Alcázar necesita para él y para todo lo que le sobra a Madrid

De todas estas eflorescencias, la de Villacisneros es la más pediculada, unida estrictamente al centro por las vías de circulación general. Es como una exóstosis, sobrehueso o bulto, que aunque no perjudique es feo y obliga a acomodaciones y limitaciones, por lo que entretienen y por lo que cuestan.

Es asombroso e incomprensible, indicio de miseria, falta de aspiraciones, imprevisión y ceguera ante el futuro, que los exportadores alcazareños y la Estación dejaran pasar la oportunidad de compra de la bodega del Marqués, que tuvo durante 20 años el rótulo de venta cogiendo toda la cerca que da a la vía. Y lo es más aún, que la Estación, embutida y asfixiada, dejara de escapar la Alcoholera y diera lugar a la urbanización de las Santanillas por los mismos empleados, altos y bajos, cuando pudo adquirir las enteras a tanto la fanega.

Esta lamentación no significa que hayan pasado todas las oportunidades, que las hay, es sencillamente dolerse de los descuidos pasados y lamentar que pudieran seguirse produciendo, de continuar la misma idiosincrasia, gastando mucho más y entorpeciendo los servicios en grado incompatible con el progreso que vivimos.

Sería extrañísimo que ahora que se perforan las más ingentes montañas para facilitar y abreviar el tráfico y se proyectan tú-



-Rebujina-; Melchor Molina, -Filezas-; Fernando Núñez, -el Gallo-; Basilio Gutiérrez; Longinos Abengózar, -Piñón-; Argimiro Pozo, el del Calero y otro al que le tiene puesta la mano

neles submarinos con el mismo fin, persistiera ese cuello de botella o estrecho alcazareño por donde indefectiblemente ha de efectuarse toda la circulación de Levante y Andalucía.

En la fotografía aparece el muelle del transbordo el día de su inauguración, con el personal identificado por el conocido escritor y poeta José María Rivas Valero, tan buen alcazareño como excelente ferroviario.

De pie y sobre el muelle se encuentran: José Millán Navarro, hijo del Moreno Millán; Salvador Ruiz, mozo viejo que fue muerto por el tren; Miguel Guillén, -Zahoria-, Antonio Ortiz Pascual, -el Pinche-; Eduardo Megías, fallecido y Manuel Galán, también; José Romero, -Bigote-; Félix Serrano Palomino, hijo del Largo el corredor; Teodoro Yuste, con sombrero de paja; Juan Villodre y Matías Jiménez, el músico,

De pie, en la fila del centro: Julio Pliego, -Pichirichi-; Mariano García; Fulgencio Olaya; Pedro Barrilero, -Tortilla-; Pablo García,

y no se ha podido identificar.

En la fila de abajo, el de la boina sobre los ojos, Jesús Campo, el hijo de la Josefa la Romera; el de la boina grande, Córdoba; el de rodillas, Lizcano, hijo de Talán; el de la gorra clara, Jesús Domínguez, -Caraco-; Justo Alcázar, que solo se le ve la cabeza; agachado, Primitivo Oropesa; Juan Moya, el de la gorra negra; detrás de él, Sebastián Jareño; Santiago Castro, hermano del de la Agencia; el del brazaletes, Emilio Medina, -Cartucho-; detrás, Patricio Panadero, -el Brujo- y por último, José Moya, -Lorito-.



SUCEDIDOS

La obsesión de la distancia

A uno de Pichica le tocó ir a Africa cuando entró en la quinta y una de las que fueron hacer el cumplido le dijo a la madre:
—¡Vaya Petra, si cuando suba en el barco se van a pique!
—A última hora, replicó la madre, si es más cerca bueno está.

Salió de donde servía cierta muchacha para casarse y a los pocos días volvió de visita preguntándole en la casa que tal le iba en el matrimonio. Ella tan contenta, responde:

—¡Muy bien, tío Nicanor, en los quince días que llevamos casados solo me ha pegado tres veces!

EL TREN NUESTRO

Son muchas las chanzas que se cuentan de los alcazoleños con el tren, reveladoras de la confianza y familiaridad con que lo tratan a fuerza de considerarlo como propio desde que se implantó.

Este espíritu está tan difundido que alcanza por igual a las personas más calificadas y alejadas de la Estación, suponiendo que en Alcázar haya alguien que se pueda considerar totalmente desligado del ferrocarril.

El chico de Puebla, -D. Angel Puebla Castellanos, actual ingeniero en Madrid-, recuerda a este respecto que su tío Luis y Gregorio Moraleda.... puntos suspensivos, fueron a la feria de Sevilla y se quedaron sin dinero, cosa que solo sucede en esas ocasiones que se presentan rara vez, un día sí y otro no, porque puestos a gastar, ¿quién piensa en el mañana?

Se subieron al tren, sin billetes, naturalmente, porque siendo de Alcázar, ¿cómo no los iban a traer? ¿Y en que tren no vendría un amigo de servicio?

Al llegar el revisor empezaron a remolonear divagando y llevándose la mano vuelta a la espalda señalando con el dedo gordo.

Molesto el revisor, que inexplicablemente era desconocido, amenazó con llamar a la pareja de escolta y entonces se pusieron de pie y mostraron el cartel que llevaban a la espalda, que decía:

“Porte debido hasta Alcázar”

Cosa lógica y tal vez no prevista por nadie, pero si se compra un caballo en la feria y se trae a porte debido ¿a ver por qué no ha de poder venir el feriante de la misma manera?

Estos al menos vinieron así, sin que sepa nadie si pagaron doble o sencillo, pero ya es chocante que no se diga y no sería una cosa del otro mundo, que una vez aquí, los mandaran a su casa, haciendo la vista gorda, para no remover los cimientos reglamentarios, porque todos somos unos y entre sastres no se cobran las hechuras.

El chico de Teófilo Pintafrailles -Ignacio Izquierdo Campo-, me contó que, un anoche, llegó a Marañón un tren que venía de abajo y en aquella soledad del campo empezó a estirarse y a encogerse con chirridos de frenos y cadenas y palmoteo de topes, hasta que se paró.

En el lado opuesto al andén había un hombre, al parecer indiferente, que en cuanto lo vió quieto se subió a la garita de un vagón.

El conductor del tren que lo estaba observando, se apeó del furgón y fue hacia el lugar donde aquel había desaparecido. Subió con cautela, abrió la puerta y descubrió al intruso.

—¡Oiga, amigo, aquí no se puede ir! ¡Haga el favor de bajar!

El hombre se removió y como para no ser confundido por un maleante, respondió:

—Usted dispense, es que soy de Alcázar.

El conductor empezó a bajar las escalerillas refunfuñando:

—¡Soy de Alcázar! ¡Soy de Alcázar! ¿Pero que se habrán creído que son los de este pueblo?



QUEHÁCERES DE AYER

Gracias al interés alcazareño del único superviviente de los retratados, -Fernando Illescas-, podemos

conservar este recuerdo de los años veinte, cuando todavía la vida municipal no se había complicado mucho y los escribientes estaban bien vinculados al pueblo y circunscritos a las funciones públicas locales casi desde la niñez.

Ya habían pasado los tiempos venturosos en que Garrido y Emiliete llevaban el Ayuntamiento como una seda y Millán, sin necesidad de papeles, daba recado verbal a los vecinos de lo que era menester cumplir, pero sin embargo, todavía no nos había prendido entre sus garras el gran monstruo de la burocracia que acabará por devorarnos y comerse así mismo cuando ya no encuentre nada de qué echar mano.

Menudeaban las meriendas en el Ayuntamiento, como en todos los cuartos de la Plaza y en el pueblo entero. Los consumistas que salían, el rematante que iba a entrar, los rabiacheros que continuaban, los de la luz nueva, los corredores que habían traído o se iban a llevar una partida de tal o de cual, alborokes por arriba, alborokes por abajo, eran diarios los motivos o pretextos para comer bien y estar a gusto. Y sin necesidad de eso había ciertos días sagrados, como el de las Fiestas, que los empleados los pasaban en el Monte de caza y jarana y no solo por un día, pues por algo, el de las Fiestas, tenía nombre plural.

En una de esas Fiestas se hizo esta expresiva fotografía de tanto interés local, reveladora de nuestras maneras, de nuestras costumbres y de nuestros recursos.

La bodega donde tiene lugar la broma, idéntica a muchas del pueblo, demuestra que en cualquier rincón se pone una tinaja sujeta con cuatro palos y se hace vino.

En el Monte los palos eran troncos de árboles sin desbistar y hasta en la base del arco abierto en este murallón que comunica los dos locales, hay uno atravesado, por

si acaso se vence, de seguro.

El arco está también sin enlucir y dentro se ve otro empotrado inclinado hecho de troncos de árboles como el de fuera.

Los empleados -y nunca mejor usado este término porque se empleaban de verdad-, están en plena zambra, encabezados por José María Gómez, que aparece muy puesto de corbata y sombrero de paja, en prueba de lo mucho que costaba antes descomponer



la figura, porque si alguien había en el mundo que le saliera todo por una friolera, ese era José María y sin embargo ni aún en el Monte perdía la compostura. Está muy propio, tal como era de viejo, con su actitud agachadiza, la sonrisa escéptica y su mirada picardihuela. Hubiera sido muy sensible no tener aquí un retrato natural de este amigo y ya está ahí. A su lado Dositeo, sin barriga, antes de tomar el chocolate de Matías López, que lo puso redondo. Medio tendido

Lope Barco y detrás Carlos Gómez que tiene a su espalda a Murat, casero de Villacentenos, a la izquierda a D. César con gorra. Delante de éste, muy enhiesto, como buen chiquitín, Emiliete, temperamento contrario a José María como se ve ahí mismo. Los dos eran muy del Conde, cuñas de la misma madera, pero Emiliete un cascarrabias y José María un manga ancha que le daba paso a todo, gustándole pinchar al otro llamándole mosqui-

ma continúa y en cuanto a alcazareño lo era más que la esquina del Chache, pero Emilio se disparaba sin fijar la puntería y por eso no hacía blanco, cosa por otra parte difícil con José María, acorazado de corcho por fuera para recibir y dar cuanto fuera menester. No recuerdo ni quiero pensar lo que diría Emiliete cuando el Conde hizo a José María Inspector de policía gubernativa, con aquel bastón de borlas que llevaba siempre, pero habría que oírlo. Su padre en cambio, Ezequiel Ortega, que era el Alcalde del Conde, hacía mejor juego con José María y le daban a la cometa todo el hilo que pedía para remontarse hasta perderse de vista. Ezequiel tenía una filosofía mulsumana,

adquirida en el tejemaneje de la vida, que no le fallaba. Nunca decidía nada. No tocaba las cuestiones. Después de ver muchos años que con el tiempo maduran las uvas, las dejaba quietas y ellas solitas se encauzaban y resolvían. Si apretaban mucho y metían prisa se iba al Monte de temporada y al volver ya se habían pasado o no hacían falta. En ocasiones estimadas de precisión



tillo trompetilla, el cual reaccionaba diciéndole a él campesino, carramolinos, cabezón. El dicho de José María era certero y verdadero; el de Emilio intemperante e irreal, porque José María, aunque naciera en el Campo no era Carramolinos, no tenía nada de cabezón en el sentido de volumen que es el que entraña el dicho tradicional ni en el de carácter que le hubiera ido muy mal a un hombre que vivía en bro-

iban a buscarlo donde estuviera, pero él no se inmutaba, le daba tiempo al tiempo y les hacía de volverse para pensarlo mejor y verlo con calma antes de resolver, que no lo hacía jamás porque el tiempo sana al enfermo, que no el unguento, siendo seguro que muchos le darían la razón después y le quedarían agradecidos. Era una marrullería de alta política, pero muy real y común en la vida. Cuando no se sabe cómo afrontar un asunto, por lo mucho que disgusta o lo difícil que se presenta, se deja y en menos tiempo del que se piensa cambian las circunstancias y hasta las personas y aquello que parecía imposible se ha resuelto solo o ya no tiene objeto y pasa definitivamente.

Emiliete no tomó las lecciones de su padre porque estaba vivo y el hijo no empieza a ser como su padre hasta que aquel muere. Mientras vive, el hijo se va formando en la oposición, como los gobernantes de la política y hay que saberlo y dejarlo, como nos enseñó el profundo saber de Ezequiel Ortega, el Alcalde del Conde en muchas legislaturas. D. Magdaleno hablaba de una opinión eminente que ahora no logro personalizar, emitida en circunstancias apuradas de fracaso clínico, en las que el maestro terció con una pregunta:

—¿Han probado ustedes a no hacer nada?

Junto a Emilio está Fernando Illescas y detrás, muy en actitud de playeras, tocando la guitarra, Eduardo el Sacristán.

Los cazadores muestran las escopetas, pero llevaban cazado y de lo que pudiera abatirse había la seguridad de un buen condimento a mano de D. César que se daba arte.

En la segunda fotografía hecha en la huerta de D. Leopoldo en una de tantas cuchipan-

das, están los mismos empleados de la primera y Giordano, más el Alcalde, con varios concejales alcaldables.

Están Alfredo Vasserot, Crescencio Barrilero, Mariano Mocho, D. Mariano Martínez, Andrés Escudero, Fernando Illescas, D. Luis Cepeda, Emilio Ortega, Giordano Paniagua, Eduardo Flores, Carlos Gómez, Lope Barco y José María Gómez, que se ha atrevido a quitarse la chaqueta, como Emiliete, su contrincante siempre, pero los demás están bien vestidos y abrochados, incluso con guardapolvo encima de la chaqueta tres de ellos, con gorra Vasserot y D. Mariano con sombrero, aunque conservó su pelo íntegro hasta la muerte.



SUCEDIDOS

En una casa de pocos haberes y muchos hijos tenían una cabra para ayudar a la crianza.

El hombre se solía pimplar y llegó tan empapado una noche que no pudo subir a la cama y se cayó en el peludo.

El chico llorando y la mujer clamando:

—¡Pero hombre, por Dios, trae la lechel!

—¡Si, para ordeñar cabras estoy yo!

Petronilo el zapatero iba a Tembleque a por la suela en un borrico que tenía y cuando ya era viejo se le murió el borrico y tuvo que ir andando y al salir hacia el pueblo iba diciendo: yo creo que me ha engañado y no me ha puesto los cuatro kilos que le he pagado. Cuando llegó al Altillo ya le parecía el peso más equilibrado y que estaba bien, pero al cruzar la vía le acometió la duda de que le hubiera dado de más y al llegar a su casa le dice a la Ignacia:

—Yo creo que este hombre me ha dado lo menos ocho kilos y que debemos pesarlo y devolverle lo que haya de más.

A muchos convecinos les ha quedado el refranillo de la suela cuando se les hacen pesadas las cosas que a lo primero eran llevaderas.

Otras vistas de Piédrola

En la mayoría de ellas no figura el promotor de la excursión, que lo fue el prestigioso maestro don Julio Maroto, pero se le conoce "por la letra", para el caso la cualidad de esta nueva serie de fotografías, también hechas por él, con las que queda bastante completa la representación gráfica de aquel paraje.

Ya, desde el origen, advirtieron los sacristanes, que son, como los lazarillos, gente astuta y de provecho, que no se podía estar en la procesión y repicando, pero ellos mismos se las ingeniaron de mil maneras, difundidas en cuentecillos y sucedidos, para hacer lo uno y lo otro al mismo tiempo. Y los constructores modernos han aplicado a muchas máquinas el reloj para poder darles cuerda y que funcionen solas, pero los buenos aficionados, como D. Julio, no se fían y les luce más hacerlo por sí mismos. Y ahí están.



La huerta de Piédrola y sus lindes del saliente y mediodía, con los restos de su cerca y arboleda en las proximidades del pozo, cuya puerta asoma por debajo del árbol más alto. Da pena ver la huerta, pero esa es la ley de la vida, morir cuando llega la hora y a ésta se le va acercando.

Al fondo se ve la carrasca solitaria que hay en la otra pedriza, con abundantes bellotas. No es de aquellas robustas encinas que tan liberalmente brindaban su dulce y sazonado fruto en los tiempos evocados por Don Quijote ante los cabreros, pero conviene señalar la permanencia de estos ejemplares que han resistido toda clase de agresiones, para que se vea lo que pudo y lo que podría ser aquello, sin más cuidado que el de dejar las plantas de brote espontáneo a su libre y natural desarrollo. Está solitaria, sin retoños. Le pasó ya la edad dichosa de crecer entre muchas, como los hermanos en la época que no hay ni tuyo ni mío, ventura de los padres y alegría fecunda de las casas. La codicia, que no repara en desgajar la rama para arrebatarse el fruto, aún inmaduro e inaplicable, tiene marcado, con seguro asedio, el fin de su bien probada resistencia. La que fué mata opulenta ya casi ni se ve y solo los conocedores la adivinan, como esas viejas pasaditas que se deslizan indiferenciadas, como sombras, al amparo de las tapias de los templos, flores rutilantes de un día no lejano. ¡Pobrecilla!

La huerta vista por el lado de las casas. Bien visible y limitado el ejido, con el aprisco de que se sirven los pastores. En esta parte ha desaparecido la cerca de la huerta y la de la viña, del lado opuesto del carril, va camino de lo mismo. De los pairazos de Aguilera, en las cambronerías, no queda nada visible, pero a pesar de todo, ¿verdad que tiene una hermosura silvestre y feraz que cautiva con su pujanza?

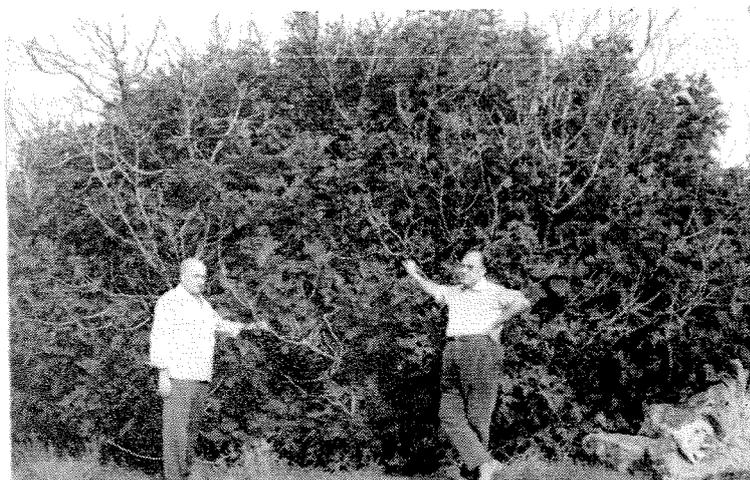




El chico de Julianete, el de la Amalia, -yerno del Moralo-, con las vendimiadoras en la otra parte de las casas y cerca de la suya propia, donde estaba de vendimia. A la espalda los árboles de la huerta en su linde del poniente. Esta vista, rincón de basura otrora, es ahora la más frondosa contemplada desde el repecho del Castillejo.

La higuera del Rasillo en todo su esplendor e integridad y en su lamentable estado. Sin las agresiones diarias, dejada a su normal desarrollo, sin ningún cuidado, hubiera poblado ella sola toda la pedriza.

El trabajo que se dedicó a esta higuera en el fascículo VIII, del año 1956, mereció algunos comentarios de respetables lectores de la comarca y el sentimiento prendió en el poeta local Rivas Valero, que le dedicó esta composi-



ción guardada desde entonces y que es una satisfacción poder reproducir en esta oportunidad.

Higuera de "El Rasillo"

Al Dr. D. Rafael Mazuecos, hombre enamorado de los conceptos y las cosas, que ponen al espíritu en comunicación con la naturaleza.

Higuera que creces entre peñas duras,
tu estampa es sombría bajo el azul radiante;
perdonas la ofensa de algún caminante,
a fuerza de golpes tu fruto maduras.

Eres como madre con hijos rebeldes
que sufre el mal trato y es incomprensida;
si hay algún retoño que por ella vele,
aunque esté acabada, no se ve perdida.

¡Higuera silvestre! Perdona a ese hijo
de la mano inculta; a los fuertes vientos;
al áspero clima; a los animales...

Págales un día con sombra y cobijo,
y a los caminantes que pasen sedientos
ofrece tus frutos; curarás sus males.

JOSE M.^a RIVAS

Mora de Ebro, febrero 1957.



Estas fotografías, hechas a la parte arriba de la higuera, demuestran lo quebrado de las pedrizas, pero parece que estamos en el Alto de los Leones y no es tanto, no es tanto. Sin embargo, el ambiente es de sierra de verdad y el olor a tomillo ensancha los bofes. Si en lugar de arrasarlo se protegiera o se respetara al menos, aquello sería maravilloso y mucho más útil que los terrenos de cultivo circundantes.



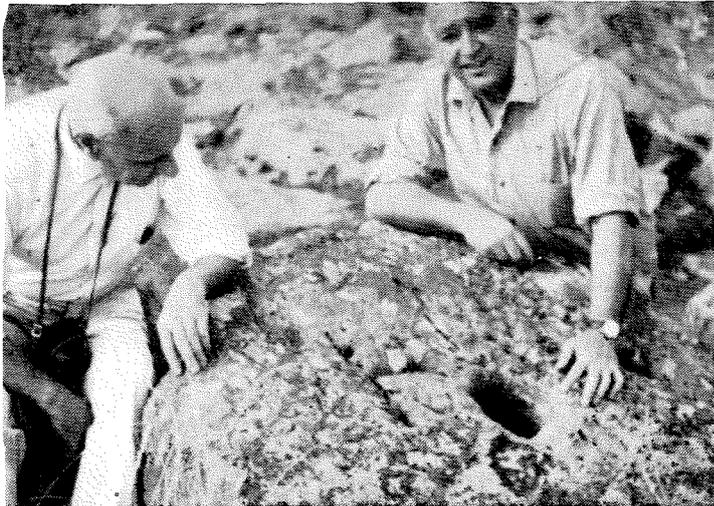
Los excursionistas meditan momentáneamente sobre una de las abandonadas piedras de molino, restos pétreos de nuestros antepasados, tan silenciosas pero tan elocuentes.

¡Qué importancia, la de las piedras, en la vida del hombre, antes y después de su posición erecta, a través de miles de millones de años!

En sus oquedades le dió abrigo y amparo en pugna feroz con el oso cavernario y de ella se sirvió, en la época anterior a todo conocimiento, cuando tuvo que hacer algo para lo que no le bastaba la mano, -ese recurso maravilloso del hombre- y como instrumento arrojadizo, para agredir y defenderse, como instrumento contundente o de corte, con preferencia al palo o al hueso.

¡La piedra! ¡Primero y grande auxiliar del hombre!

Con la piedra hizo sus primeros utensilios, sus primeras armas y sus primeros refugios. Y en el curso de la vida no ha dejado de utilizarla jamás para sus necesidades fundamentales. Y fundamental fue para nosotros, en su época, la talla tosca de estas piedras de molino que yacen olvidadas



en las pedrizas de Piédrola, que me son tan familiares por circunstancias entrañables de mi niñez, tanto por recorrerlas con mi padre, como por el trato con los canteros en cuyo barrio nací; sin perder el contacto con ellos fuera de allí ya, porque más de cuatro sábados me hallé en la casa de Malagueña cuando ellos venían de las canteras. Venían los hijos, porque él murió muy joven, de una de aquellas cosas del pecho que podían ser o no ser, pero que tenían a

la familia y al médico con la zozobra de que fuera.

Solo con verlos se sabía de dónde venían.

Gastaban alpargates blancos, fuertes, de buena lona, como todos los trabajadores. Cuando venían de las Abuzaeras, los traían colorados, como los pantalones y ellos mismos, que soltaban en el patio los picos, las porras y las cuñas para entrarse en la cocina donde la María Engracia, la hija única, ya casada con Juan de Mata, tenía preparada una buena lumbre. Venían los mozos, y el mayor, -Félix-, ya viudo, el más engalgado de todos y el más cazador.

Si venían de Piédrola llegaban sin herramientas, más limpios, de su color y con los conejos o las liebres en el cogin de la manta, que era lo más disimulado del mundo para pasar cosas de matute y esquivar la curiosidad de las vecinas que acechan por las rendijas.

Estas piedras de molino, olvidadas, medio enterradas, medio talladas, rodeadas de pajón, cubiertas de moho y erosionadas, ¡cuántos recuerdos traen a mi mente y cómo, aún tan impasibles, avivan el sentimiento y enternecen!

Los Aojos

Como todo adelanta y se mejora, ahora venden los "detentes" del mal de ojo muy elegantes y perfectos y hay que suponer que también preparados con las salmodias de las hechiceras, pero en épocas de mayor pobreza y no digamos atraso porque eso sigue lo mismo según prueba su mera existencia, las madres los hacían con corteza de pan. Le quitaban la miga, lo redondeaban y alisaban; en lo más tostado le marcaban una cruz con una navaja y se lo colocaban entre la faja al recién nacido para protegerlo contra el maléfico mirar de esas mujeres que dejan al niño amodorrado, con la frente quemando y los ojos cerrados.

Si por falta de la "HIGA" o a pesar de ella se produce el ojo hay que recurrir sin demora a otra clase de mujeres, las que tienen gracia, que remedien aquello, remedio del que ya hemos dado cuenta otras veces pero que tiene sus variantes de unos pueblos a otros.

En El Romeral la hechicera coge la taza del agua, reza la oración y echa en el agua la gota de aceite con su dedo. Si se desparrama el aceite por el agua está muy aojado; vuelve a echar otra y si se desparrama, otra tercera. Al repetirse el desparramamiento deben repetir la maniobra a la media hora y si no surte efecto tienen que mirarlo de ojo otras dos personas distintas hasta que la gota haga los tres ojos al caer en el agua, momento en que el niño o el adulto abre los ojos y empieza a mejorar. Allí el enfermo no toma nada y todo depende del poder de la hechicera.

Música barata

Ramoncito el del Campo, que tenía varios apodos, uno por el oficio y otros por sus maneras, al casarse bien dejó su oficio y se hizo labrador para cuidar las fincas de su mujer.

Era un tipo sanchopancesco integral. Los guardas y hasta el Juez hubieron de llamarle la atención por la tendencia de sus caballerías a buscarse el sustento por sí mismas. Ingeniosa y socarronamente justificaba el olvido de amanearlas y su poca maña para clavar las estacas.

El Juez, harto ya, lo llamó y sin escuchar sus disculpas le puso una multa.

A los pocos días hacía corro en la Glorieta junto a los migueletes y herencianos que vendían hortalizas.

Los amigos le hurgaban por haberle calado el Juez. El se dolía de que no lo escuchara, porque si lo escucha lo convence. Ahora que en cuanto tenga ocasión me va oír. ¡Vaya si me oye!

—¡Pues míralo, que ahí viene!

Pasó el Juez dando los buenos días, pero abriendo el corro se adelanta Ramoncito y dice:

—¡Vaya por usía! Y soltó un cuesco fenomenal.

El Juez cambió de color y amenazante e iracundo se fue al Juzgado mandando al alguacil con la multa máxima que podía imponerle, 25 pesetas.

Ramoncito, buen socarrón, sabía que no le convenía enfrentarse con la autoridad y fue al despacho diciendo:

—He faltado, justo es que pague. Y puso un billete de diez duros sobre la mesa.

—Toma, Pío, dice el Juez, sal a la Plaza y cambia para darle a este hombre lo suyo.

—No señor, no hace falta, si no se me hace caro. Empezó a repretarse y mecerse como en la Glorieta al tiempo que decía:

—Por el mismo precio ahí va eso. Y soltó otro enorme.

Sin darle tiempo a reaccionar y aprovechando la turbación del Juez, salió Ramoncito a donde estaban los amigos que le preguntaron:

—¿Qué ha pasado?

—Que hemos quedado en paz.

Faustino Oropesa Marchante nació en Madrid y vino aquí a los doce años. Su madre era prima hermana de la Corona y de la Dorotea del Civil y demás hermanos. Fue empleado del Depósito muchos años, alegre y trasnochador.

Una vez fue a casa de Comino a sacarse una muela cuando no las "dormían" y no se le olvidó jamás. Fue una fecha memorable porque aquella noche pasaba el Rey a Santa Cruz. Salió a verlo con el raigón dentro porque la muela se partió y él iba tan ciego que se puso la elástica del revés.

Era muy célebre. Puso un "Rastro" en la Plaza y desde el puesto a la calle de las Cruces se le conocía al pasar por los zuecos que usaba, que retumbaban en la noche.

Le hizo la competencia a Juan Marica vendiendo castañas en el Cristo y cuando no vendía llamaba a los chicos y se las regalaba con tal de quitarle la parroquia al Mono.

Por último perdió la chaveta y empezó a decir:

—¡Mañana me voy, mañana me voy!

Y se fue a Lavapiés sin haberse sabido más de él.

Sucedido calentito

En un caso clínico de bastante importancia, de muchas dificultades técnicas y no menos zozobras en la evolución, se produjo, al fin, una evacuación de vientre inusitada e increíble por su volumen y cualidades, que dejó al paciente en la gloria. Ponderándolo y celebrándolo, la mujer le dice al médico:

—¡Cómo yo le digo a éste, aludiendo al enfermo, ni con esto le pagamos a D. Rafaell

EL ilustre médico compostelano, Domingo García Sabell, gran escritor y ensayista prestigioso, me ha favorecido con el libro de Alvaro Cunqueiro "Escola de Menciñeiros".

El libro, escrito en gallego, está prologado en la misma lengua por García Sabell, al estilo de Marañón u Ortega y Gasset, que muchas veces nos dejaban perplejos, sin saber qué era lo mejor, si el libro o el prólogo. De éstos puede decirse que son a cual mejor y ambos una feliz demostración del alma de su tierra.

El curanderismo tiene en Galicia matices muy singulares, en relación con las cualidades de las gentes, de la tierra y del clima, pero en realidad no es más que una parte de esa frondosa rama del árbol de nuestra vida, que extiende su sombra por toda la península y "aínda mais"

La Mancha precisamente se mantiene en la línea primitiva, porque el hombre no se desprende tan aínas de los métodos primeros y el mito y la magia, que por razón natural fueron el punto de partida de los procesos analíticos que crearon las ciencias, perduran vivos en nuestras almas como aprecia el médico a diario, porque si nó no se comprendería que en ciertos momentos, hasta las personas más instruidas y mejor preparadas, le acucien emocionadas con esperanzas que escapan a la razón

y que son reminiscencias ancestrales de la magia indeterminada que se invoca con anhelo y se quisiera ver surgir en esos instantes.

Nadie puede extrañarse de este senti-

CURANDEIROS

miento milenario que la vida ha ido dejando en el fondo del alma humana, al que se deben, por increíble que parezcan, los sucesos que se siguen observando de continuo en su pristina lozanía.

Es manifiesta la apreciación, inconfesada pero muy general, de que la medicina es una ciencia de iluminados y llega al desideratum cuando la encarna una persona completamente ignorante o falta, pues la gracia está en que esa persona se aventure en los misterios del cuerpo humano, como el ciego que camina por las calles de la gran ciudad, sin romperse la crisma y entre un predestinado, que nació con aquella señal de su gracia y un profesional cualquiera sin vocación, la confianza estará siempre de parte del virtuoso elegido por el destino que, invariablemente refrenda o corrige las prescripciones del primero.

El curanderismo, como todo lo que se refiere a la vida real, difiere de unos sitios a otros, en la medida que difiere el hombre que es su ejecutante, aunque en el fondo sea la misma cosa e idénticos los anhelos y las necesidades humanas. Dentro de su poder mágico, el curandero gallego descubrirá en su acto el fondo de humor flemático y marrullero de la raza que dejará al paciente hundido a fuerza de razón, de lógica y de intuídas percepciones llenas de misterio. La curandera manchega los deslumbrará con la alucinación quijotesca, con su espantado mirar o con la socarronería sanchopancesca.

Hay también cambios impuestos por los tiempos.

Entre la Tía Antoñona, la Gorgusa, la Cutimaña y las curanderas actuales media un abismo. Las modernas carecen de personalidad. Su espíritu creativo es nulo y sus medios, recetando de la botica, que por carecer de misterio volatiliza el quid divino, marcan una declinación segura. Si quitas los menjurjes, los polvos de la hermana Celes-

tina y los ademanes o escenas de rito, ¿entonces qué?

Perrón de Braña es uno de los personajes de Cunqueiro.

Se sentaba cerca del doliente, cruzaba las piernas, sacaba la cachimba y poco a poco la iba atacando de tabaco con el dedo gordo. Por fin la encendía y le sacaba gran humareda. Se pasaba una hora con el enfermo fumando y hablando de todo, del mundo, de las gentes y del tiempo. Por fin le echaba la mano, le hacía escupir:

—Agora dí o Padrenuestro en voz alta.

El enfermo lo decía y Perrón escuchaba atento, mirando de reojo.

—Vuelve agora a "venga a nos el Tu reino".

El enfermo volvía, Perrón mirábale el calor de la frente.

—Lávate ben todo o corpo durante una semana. Come papas de centeno cuatro veces al día. El veintidós, en crecente, te he de sangrar

Perrón sangraba siempre no crecente. Curaba con sangrías, gachas de avena o de centeno, baños calientes y muchas horas de sueño. Conocía las dolencias de los pacientes por la voz, distinguiendo nueve tonos. El enfermo del hígado no tiene la misma voz que el de los riñones, el estómago o el corazón. En su terapéutica tenía mucha importancia el sueño. Se ponía a la cabecera del enfermo para verle de dormir.

—¡Duermes mal, hom! Tes que dormir sin almohada o cunha manta de menos.

Obligábalos a nuevas posturas y cambiábales la cama de sitio. Los enseñaba a respirar como un maestro mientras se dormía siguiendo el compás con la respiración suya, lo mismo si era hombre que si mujer o clérigo. Distinguía dos clases de sangrías, la de vísperas hecha al salir el sol y la meridiana a mediodía. El doliente, mientras lo sangraban tenía en la boca una ramilla de fiuncho (hinojo), y al acabar la sangría se quemaba.

Perrón, además, curaba con historias. Contábale al doliente unha adiviñanza ben retorta, -retorcida-, y llena de cabos sueltos.

—Cando veña a sangrar-te, a ver si ma téis sacada.

Los enfermos de Perrón se desvivían por las adivinanzas que pocas veces descifraban, historias de tesoros escondidos, de pleitos o de robos, de los franceses o de ánimas, de lobos, que parrafeaban con la familia, vecinos y amigos de la aldea, horas y horas.

Perrón era de mediana talla, entrerubio, de ojos claros y muy lucida de oro la dentadura, gorra de visera negra y traje de pana.

Cuando se murió Leiras Pulpeiro, Perrón compró un juego de lancetas que fueron del médico poeta, iniciándose su carrera triunfal hasta que un día cualquiera, tras de ayudar a un vareo de castañas, metiose en la cama, pidiendo que le pusieran unas sanguijuelas en el costado y que le diesen conversación.

—Mosca y media, tres medias moscas y dos moscas y media, ¿cuántas moscas son? preguntaba la mujer a Perrón.

Perrón sumaba mentalmente y ya que iba a decir que cinco moscas y media, le dió una tos de nada y dió su alma. Foi mui sentido.

Tan axiña coma morrén Perrón, un tal Cabo de Lonxe, que cobraba un real por sesión de nitrato de plata en las verrugas, pasó a cobrar dos reales. Pero Perrón quitaba las verrugas de palabra y a varias leguas de distancia

La curandera de Alcázar ve a un señor empleado

que tiene un mal tonto con el que nadie da. Le clava la mirada y, -oh penetración mágica- le suelta el siguiente juicio que lo deja tambaleándose:

—Usted ha comido liebre pero lo que le sentó mal fue el plomo que la mató, que se lo tragó usted.

Le receta vitaminas y a los tres días asunto concluido y hombre salvado ante el asombro general, a pesar de haber en Alcázar tantas personas con grandes pedazos de metralla dentro, tan perfectísimamente tolerados; que los únicos complicados son los que han querido sacársela, incluso yo asisto a uno, llamado Vicente Vaquero, que tiene una bala de fusil en el corazón desde la guerra y no le ha estorbado para atender sus esforzadas obligaciones. Y tuve otro caso impresionante en ese sentido, de un pariente de Tomelloso, muy saludable y de noventa años, que al hacerle una radiografía de la mano, la tenía claveteada de perdigones y tanto él como sus numerosos hijos habían olvidado tan por completo el tiro aquél, que entraron en la mayor confusión al verlo. Hasta ese punto tolera nuestro organismo los cuerpos extraños, como cualquier médico podría atestiguar con infinidad de casos, pero véase por dónde, un solo perdigón ignorado y además tragado al comer y con salida expedita, sirvió para ese acto de magia curandero con un señor empleado.

Se podrían multiplicar los casos porque la credulidad de las gentes es infinita. Un día, varios hombres maduros de una familia acaudalada de un pueblo no próximo, -Villanueva de Alcardete-, me decían tranquilamente, pero con manifiesta duda, que el coche en que hicieron el viaje venía lleno para la curandera, si bien ellos habían decidido venir a verme a mí por no creer en esas mujeres, que qué podrían saber sin haber estudiado.

La imprevisión corre a veces pareja con la osadía.

En una enferma con un cálculo voluminoso, bien estudiada y decidida su extracción, se queda mirando su excelente estado, como lo es corrientemente el de los litiaxicos y le dice:

—Tú no tienes nada; toma ésto y a la semana vas a que te hagan otra radiografía y verás cómo no tienes nada; es que los médicos tienen que decir algo.

El curandero gallego es mucho más cauto y creativo, que inspira respeto en la aldea y, como dice García Sabell, es psicólogo siempre, humorista y creyente de buena fe en su poder personal para sanar a sus semejantes.

Pardo Das Pontes fue un grande compoñedor de huesos. Muy leído y para darle solemnidad a sus recetas metía entre el nombre de la medicina y la dosis un "verbigracia": "Laudano, verbigracia, veinte gotas". Si visitaba a un doliente al que tuteaba, mientras le palpaba, mirábale la lengua y tomábale el pulso, dábale trato de "vos-té". Distinguía más pulsos monstruosos que los chinos, dice Cunqueiro, alrededor de trece. Era perito en sinapismos y gastaba en hacerlos tanto azafrán como mostaza y hortigas.

—¿Qué tal va o Xaniño? preguntábanle:

—Vai millorando. Amarréle con un sinapismo un soplo que tenía en el hígado. ¡Ya botará! Decía que cuando el hígado suda aire, la cosa se puede torcer del todo, porque dentro tenemos vientos que van de un lado a otro y fuertes o flojos según el aire que esté soplando. Gastaba mucho vino de Málaga. Cuando se sentaba a escribir la re-

ceta, aunque fueran las doce del día mandaba encender una vela. Cobraba tres pesetas, seis reales por ver al enfermo y otros seis por escribir la receta. De propina admitía una tortilla de chorizo o jamón y un vaso de vino. Si veía diez enfermos, diez tortillas.

Cuando veía a un enfermo ensimismado, cargado de hombros, sin levantar la vista del suelo, le decía:

—¡Parece, chico, que andas buscando la cagada del lagarto!

Tenía una letra redonda muy clara y sobre las aes ponía una "cometilla" muy graciosa. Silbaba muy bien y cuando iba a la botica el chico le pedía que silbara imitando a los pájaros de Cuba cuando están en amores y con la mano derecha delante de la boca hacía trinos y gorgoritos, como los acentos que ponía en las aes, puestas ahora en el canto enamorado de las pajariñas.

A una tiendecilla de los alrededores de la Plaza, de Alcázar, van las mujeres a por los polvos de la ropa y a por los de la Hermana Celestina. El curandero se toma largos períodos de observación y se lleva al cine a los pacientes en pandilla para observar sus reacciones, porque algunos forasteros visitan un cine por primera vez y los saca al vestíbulo para que se les pase la emoción. Uno de esos que van por primera vez y que padecía asma, se lo tuvieron que sacar a los pocos minutos y desabrocharle la correa para que respirara mientras le liaban un cigarrillo.

Todos creían que se lo fumaría mientras pasaba un rato, pero le metió el cigarro en la boca sin encender y se pasaron dentro. Se lo fue comiendo y a los pocos minutos estaba como un trompo, mientras el curandero se entusiasmaba con la cinta del oeste.

A los pocas noches llegó uno del lugar preguntando por D. Fulano. Lo dejaron de pasar a buscarlo porque a su suegra le había dado un dolor y estaba en el suelo como una caballería. ¿Pero es que éste le cura el dolor? le preguntaron:

—Ya lo creo, la entiende muy bien y en cuanto llego se le quita.

Salieron corriendo y volvieron al momento, preguntándole uno:

—Qué, ¿se le pasó el dolor a esa mujer?

—Claro que sí, le he dado un sobo en la barriga y me la he dejado en el orinal. Mañana le daré más despacio.

Como se ve nuestro curanderismo actual es de lo más vulgar y es menester la increíble bobaliconería de las gentes para que perdure, pero tanto esto como la creencia en los hechizos, están tan arraigados que no es menester la mediación de la bruja para admitir su realización, porque el mismo que lo sufre y sus familiares lo consideran como real y previo a todo razonamiento, siendo muy raro, sobre todo, el trastorno mental, para el que no se busca la iniciación hechicera, en nuestros mismos días. Los casos son diarios y hace cuestión de horas he visto un hombre como un castillo que se ha hundido en cuatro días según apreciación general, alto, musculoso y trabajador, con más fuerza que un toro, de 38 años, y soltero, que después de una comida en casa de unos amigos, bebió una copa de coñac y una mujer, por la que se interesaba, que andaba por allí, le puso una media en la cabeza y desde entonces se ahoga y no puede vivir, hasta el punto de levantarse por las noches e irse a la alcoba de los padres aterrado por la sensación de muerte que experimenta. Es un hecho de tantos pero demostrativo porque todos creen que al apoyarle

la media en la frente le echó algo en la copa.

Otro padre me dice en carta reciente:

Va usted a reconocer a mi hijo que irá con su mujer y la mía, o sea su madre y para evitar disgustos, mi mujer no se lo puede decir a usted delante de la nuera ya que ésta lo niega.

El chico lleva así desde hace cuatro años que se hicieron novios y ella lo llevó a las reuniones espiritistas.

El chico dice que tiene como un susto y ella dijo que tenía dos espíritus y que en la alcoba daban golpes. Yo se lo reprendí y le dije que todo ésto podía traer malas consecuencias y tuvimos disgustos. Siguen otras consideraciones.

A la curandera de Alcázar también se le empezaron a desarrollar sus facultades cuando empezó a ver cosas por los rincones y a adivinar el pensamiento con lo cual sabe dónde tienen el mal sus pacientes.

Una alcazareña, que ejerce en pueblo vecino, con todas las ventajas que tiene para ésto el forasterismo, hace sus invocaciones a Santa Rosa de Lima rodeada siempre de infinitas velas con efectos maravillosos. Le sobra con ver a las personas. A una de aquí que vive por el apartadísimo lugar de la Cruz del Tolmo, y que no echaba luz, le preguntó dónde vivía y a continuación le fue diciendo todo lo que le pasaba dejándola patidifusa.

La popularidad es tanta

que en los carnavales de hace dos años, la nieta de la Alcuzona hizo unas coplas con remedios para todos. "Y si tienes mal de de amores; decía,

tengo filtros asombrosos;
a galanes sin ardores,
les hago de hacer los osos".

El notable médico portugués Fernando Namora, tiene hechas muy sabrosas y demostrativas observaciones curanderiles de su época de médico rural en su país, por las que se vé que esta lacra no es solo nuestra ni tampoco exclusiva de la Península, porque sin irnos a los sueños fantásticos de Oriente y a los cuentos de la Princesa Schahrazada, hace un par de años publicó el Dr. Vellard, Director Scientifique de l'Institut Francais des Etudes Andines a Lima, un trabajo interesantísimo sobre "La Medicine Indigéne Sud-Américaine" que contiene numerosas observaciones parecidas o idénticas a las peninsulares, si bien allí, el hechicero, sacerdote, mago, adivino o curandero empírico, sigue conservando en toda su pureza el carácter mágico y es un personaje complejísimo, intermediario único entre los hombres y las potencias invisibles, cuyos dones se manifiestan ya antes del nacimiento, como pasa aquí todavía, sin necesidad de trasladarnos a las tribus revueltas y cazadoras del Amazonas o del interior de los Andes. Estos niños, poderosos hechiceros después, son concebidos ya en circunstancias tan excepcionales que las mismas madres no se atreven a decir, aparte de hablarles en el vientre y observarles infinidad de hechos singulares durante la gestación y después de nacer. Aquí no se dice como allí que la joven fuere fecundada por una boa bañándose en el río, pero se dan a entender monstruosidades similares en el origen de las personas protegidas de los hados y que aún después de consagradas siguen recibiendo de ellos nuevas infusiones de fuerza durante toda la vida.

La interpretación mágica de las enfermedades es el vuelo del alma y la penetración en el cuerpo del paciente de un principio extraño, visible o invisible o bien puntas de flecha invisibles lanzadas por algún brujo enemigo.

En cualquier caso el tratamiento es el mismo, después de los encantamientos habituales y las invocaciones a los espíritus protectores, el hechicero succiona, (chupa), con fuerza la parte lesionada, escupe y vuelve a succionar, alternando este ejercicio con los cantos mágicos, completando a menudo la cura con fumigaciones o bocanadas de humo de tabaco sobre el enfermo a fin de hacer intolerable la estancia al principio maligno. No pueden ser muy sorprendentes para nosotros tales procedimientos, pues hasta que la prevención de la rabia nos ha hecho olvidarnos de esa enfermedad, el chupar las mordeduras fue práctica corriente y diaria de nuestras "saludadoras", que no han desaparecido ni mucho menos.

Los curanderos empíricos se diferencian de los mágicos por el empleo de sustancias, pero sus conceptos son mágicos y no suponen ningún adelanto, pues la idea fundamental es la misma, la penetración de un elemento malo en el cuerpo o en el alma del paciente. Varía el método terapéutico por el manejo de drogas que obran unas por analogía y otras por contraste, Similia Similibus Corantur, unas por similitud y otras por la fuerza, pero para que las drogas puedan obrar es menester conocer su nombre y su historia para invocarlas en sus cánticos y someterlas a la voluntad del operador durante la administración del remedio. Cada curandero tiene sus cánticos particulares que le han sido comunicados durante el encantamiento onírico. El curandero necesita conocer el nombre del paciente, igual que aquí, que sabiendo el nombre y el domicilio ya sale de carrerilla todo lo demás, lo mismo que las gitanas al echar la buenaventura, que preguntan el nombre lo primero.

Es deficiente el libro de Alvaro Cunqueiro, pero lo es tanto o más el prólogo de Domingo García Sabell, que a la querencia del arte médico y dejándose llevar del puro sentir, ha escrito un ensayo maravilloso sobre el curanderismo y sobre el alma gallega, cuya lectura es una delicia, desde la primera palabra, que nos toma de la mano y nos lleva como un mago por los campos frondosos de la medicina y de su tierra, con el espíritu saudoso de un Nóvoa Santos, de un Pondal, de un Curros o de Rosalía, hacién-

donos sentir su propio gozo. Non temos presas, nos dice, estamos de vagar, estamos en sosego. Vas ler, amigo leiturante, o libro de saudadores, de estrafalarios, de aluados (lunáticos), de bichería y de sonos (sueños). Vas rir. Teñolo por seguro, mais eu quero denantes que escomence o teu gozo, atrever un consello: da un rápido repaso o libro e volve, axiña, a considerarlo con detención. Fai unha morosa segunda lectura... has notar que algo moi fondo, unha vagantía lembranza comenza a modular remotas melodías. ¿E sabes o que é? Pois é arxente cunqueirán que se virou en xente de ti e de min, en xentes de todos, en familia nosa. ¿E sabes por qué? Pois porque eles, isa marea de homiños, cas animalias i as pedras i os sucesos i as arreutadas, feriu corda vibradoira nos corrunchos de teu corazón. E ixo xa é algo mais que rir. E, si me apuras, pensar, pro pensar ea sensibilidade. Y Domingo, mago e menciñeiro, se adentra y se remonta, cantando y falando en 40 páginas de apretada prosa que son un alarde de conocimiento y penetración, recreo del espíritu, placer de la mente y ternura del corazón.

García Sabell y Cunqueiro son dos gallegos de cuerpo entero que honran a su tierra y a las letras patrias, en una región donde el ingenio humano ha florecido siempre con especial abundancia y singular donosura.



César Gallego, era un villafranquero, tan buen médico como excelente persona y amigo inolvidable. Tuvo la confianza completa de su pueblo, pero también tuvo de pequeño un proceso adenoideo que lo dejó tarado de por vida, como suele pasar, con el cortejo nasofaringeo que acompaña a esa reliquia y que en él acabó por arrebatárnosle precozmente, por una complicación cardial.

Lo poco de médico que tenemos todos

La gente le tenía cogido el pan debajo del brazo.

Un día llegó la Jacinta a la consulta y se lo encontró alicaído, con la cara liada en una bufanda, y le dice:

—¡Qué te pasa César, hijo mío!

—Que estoy con erisipela y me tiene hecho polvo, hermana Jacinta.

—¡Sí! Pues para eso es muy bueno el sahumero de flor de saúco. Yo me la he dado muchas veces y me ha ido como mano de santo. Te voy a traer una poca, que la tengo cosa hermosa.

Y César se debió curar, porque siguió tirando.

Y a mí de chico también me lo hicieron más de una vez por prescripción médica, cuando tuve la erisipela aquella que decían que al que no mata pela, porque empezando en el ala de la nariz, daba la vuelta a toda la cabeza, como si buscara la salida por donde entró y mientras hacía el recorrido, que no se precipitaba, le tenían a uno envuelta la cabeza en aquellas bayetas sahumadas, con una toquilla encima y sudando a chorros sin poder resollar.

Así que la hermana Jacinta no iba tan descaminada y César, que era muy comprensivo y ecléptico y vivía nuestras incertidumbres, se encogería de hombros y diría:

—Venga por si acaso.

Y le salió bien, naturalmente, como a mí.



Amores, hechizos y bebedizos han ido y van del brazo muchas veces por estos andurriales. Las muchachas, más o menos contrariadas, pierden el apetito, sufren alucinaciones y se les aparecen las "almas" de familiares muertos, que muchas veces no conocieron, lo que deja asombrada a la vecindad. Ante lo sobrenatural se inclinan todos, la familia transige, el novio se somete, se satisface al aparecido y la moza recobra su salud y vida normales.

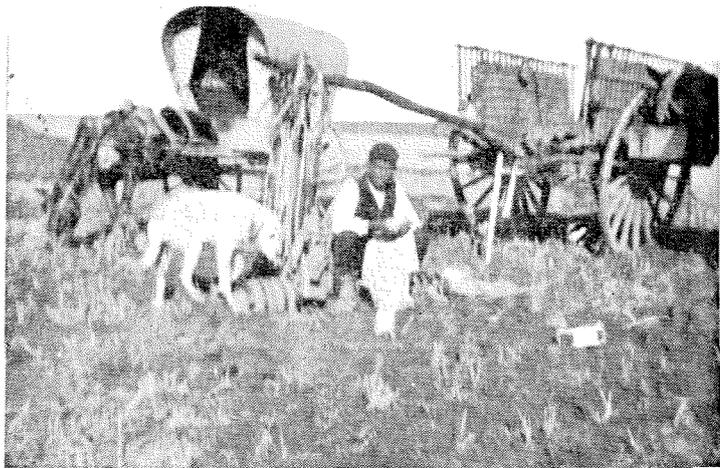
Un hombre rudo, fuerte y noblote de por aquí tenía una hija poco indiferente a los imperativos de la edad y con dos pretendientes a cada uno de los cuales le veía sus atractivos, quedándose sin ninguno por su indecisión. Le entró la melancolía, dejó de comer y de hablar, daba portazos y se enrababa sin motivos. La vieron los médicos sin resultado y ante lo imposible se echó mano a las curanderas conocidas que no dieron en el clavo y ya la llevaron a Madrid donde le quitaron gravedad al caso recomendando vida higiénica, distracción y ambiente alegre. Ya verán ustedes, decía el médico, que cuando esté casada y sobre todo si junta dos sin pedir pis... ni acordarse de estas cosas.

Se volvieron al pueblo y un vecino, contertulio de la carretería, le preguntó al padre qué tal se había dado el viaje y qué había dicho el médico.

—Na, chico... que no tiene na, que es que está salía...

Lo campestre alcazareño

Esta fotografía, típicamente alcazareña, corresponde al tiempo en que Alcázar iba ya para arriba y a una casa de algo más que mediana costilla. Lo acreditan todos los detalles, la tartana, el carro, los atalajes y las mulas.



La época, allá por los años veinte. El tiempo, a la entrada del otoño. Si no está levantando barbecho le zumba.

El gañán es Cupido -Francisco Casero Chocano-, y la labranza la del tío Fernando Illescas, el de la calle Ancha, hombre pesado, de piernas doloridas, que necesitaba la tartana para ir a las tierras.

El caballo enganchado se llamaba Brillante, nombre que llevaron varios caballos de Alcázar por llamarse así uno de Ricardo que se lució largamente subiendo vino desde la Montijana de la Corredera a la Estación, con una valentía poco corriente en los caballos.

Cupido no ha guisado y sentado en una piedra le está metiendo mano a las alforjas. La perra Centinela, arrimada al tonel, lo mira esperando un mendrugo.

El carro, de lanza y de los buenos, tiene el mozo calzado. Los suelos son dos seras viejas de vendimiñar, abiertas. De la punta de la lanza cuelgan las guarniciones y las mulas, desuncidas, de buena talla, comen su pienso en el tornajo colgado de los varaes y apoyado en el cubo de la rueda.

El gañán está en mangas de camisa, cosa que no hacían los gañanes tan aínas, pero con la boina bien encasquetada.

No hace frío ni calor y el sol está en el cenit. Debajo del carro hay un perro pequeño, blanco y negro -Gallito-, que no lo era tanto, porque al irse delante de la rueda demuestra estar ahuyentado por la perra dominadora.

La caja de cartón que hay entre los pajones del rastrojo, es la de la máquina de retratar que utilizó el chico del hermano Fernando para hacer este retrato que con el tiempo había de servir para perpetuar el recuerdo de ese momento tan natural y característico, que es el de parar a comer al aire libre, haciéndolo los animales y los hombres, en medio de una paz y de una calma que el cielo parece bendecir, haciendo fecunda la tierra con su calor, en premio al esfuerzo del hombre que la ahueca y la empana.

Los gañanes cantan mucho y algunos muy bien, casi todos en la tierra, puestos en la besana.

Cupido fue uno de los que más. Como Julián el de Borrego. Cantando se les iban las penas, que a ninguno le faltaron. Cantando como las pajarillás que, en la augusta soledad del campo, ascienden hacia lo infinito, elevando sus trinos con esa maravillosa modulación que nos deja absortos y nos une en su plegaria sublime, ante la creación grandiosa.

TEMAS PARA HABLAR

DUDAS QUE ACLARAR

Los temas serán muchos, pero las dudas no serán menos y como ésto es obra de todos, las que yo tenga las diré claramente para que el que las sepa o pueda mirarlo en escrituras antiguas, las aclare y quede constancia de ello en nuestra historia.

Veamos un primer tema y varias dudas, que se espera poder aclarar algún día.

Cuatro Ayuntamientos distintos, de los años 39 al 44 del siglo pasado, dividieron el pueblo en diez cuarteles, poniendo un regidor en cada uno ayudado por dos vecinos del barrio, que da la casualidad que siempre llevaban nombres que suenan muy bien, como el oro viejo.

Al describir las demarcaciones saltan los nombres de varias calles ignoradas. En ese tiempo empieza la alteración de la nomenclatura callejera, pero veamos las cuarteladas:

1.º Cuartel.

Comprende la calle San Andrés, las esquinas de Párraga, la Cruz de Felipe, Altozano y calle del Cautivo hasta la Plaza de la Constitución.

2.º Cuartel.

Comprende la Cruz de Felipe hacia la calle del Verbo, la de las Peñas, Charcón, Placeta de Albertos y la calle del Galgo hasta las esquinas de Párraga.

3.º Cuartel.

Comprende la Placeta de Albertos y la calle del Grajo, la Trinidad, Quintanar, Vicario y Muertos, hasta la Plaza.

4.º Cuartel.

Comprende la calle Ancha, Cruz Verde, Baladrona y Alto de Soria.

5.º Cuartel.

Comprende la calle de la Feria, la del Santo, la de Toledo, Arenal y la Corredera.

6.º Cuartel.

Este Cuartel abarca las esquinas de la Fábrica, Placeta de Santa María, Nabajo, cortando por San José a la calle de Morón y la de la Cárcel, hasta la Plaza.

7.º Cuartel.

Comprende la calle Santana, San José San Juan, Santo Domingo y las Plazuelas del Rosquero y los Dolores.

8.º Cuartel.

Comprende la Placeta de Almendros, Torre del Cid, Placeta de la Justa, Carrasola y Puerta Cervera.

9.º Cuartel.

Comprende las calles de Almaguela, la de la Virgen, de las Cruces y Pascuala, con los Alterones y el Pozo Coronado.

10.º Cuartel.

Comprende las calles de la Pringue, Marotos, Montes, Tinte, Tiesa del Tallo o del Tello y Placeta de Ligeró.

Todas las divisiones son iguales pero los cambios de redacción permiten puntualizar con mas certeza el lugar a que se refieren.

Otra clasificación dice que el primer Cuartel comprende la calle de San Andrés desde la Plaza a las esquinas de Párraga, y desde éstas a la Cruz de Felipe, el Altozano, calle Resa y la del Cautivo hasta volver a la Plaza; luego si el primer clasificador baja y el segundo sube, las esquinas de Párraga son las del señor Bonifacio. ¿Qué dicen los entendidos?

Que la Cruz de Felipe es el Cristo Villa-

jos parece cierto y ya entonces giraban a su alrededor estas divisiones.

Esta segunda clasificación también comprende la Cruz de Felipe, hacia la del Verbo, la de las Peñas, Charcón, Placeta de Albertos y la del Galgo hasta las esquinas de Párraga.

El llamarle Cruz y no Cristo tenía un sentido de exactitud estricta, porque tanto en este como en los demás del pueblo, no había imagen, sino la Cruz emblemática abrazada por el sudario. Y después de olvidarse el nombre de Felipe se siguió diciendo mucho tiempo la Cruz de Villajos, como se decía la Cruz Verde por idéntica razón. Y a su fiesta la de las Cruces y no la de los Cristos.

Parece probable que la calle del Charcón lo fuera la de Pineda, por ir a parar a la Placeta de las Medallas que siempre tenía un charco no pequeño y un cenagal enorme que obligaba a ir por las aceras dándole la vuelta a la Placeta. El charcón de esta calle pudiera serlo también el del arroyo de la Mina, mas allá de la bodega de La Espada y que la calle llegara hasta él.

El tercer cuartel de esta nueva clasificación también comprende la Placeta Albertos y las calles del Grajo, la Trinidad, Quintanar, Vicario y la de los Muertos hasta la Plaza.

En esta cuartelada hay bastante complicación de nombres que entretendrá buenos ratos a los mozos de los bancos del Paseo y de Santa Quiteria.

A la calle del Cristo Zalameda le pusieron Alcolea en honor de la batalla famosa y a la de la Victoria el suyo por la misma razón, ya lo sabremos con certeza.

A la de los Muertos el de Barco, a la Placeta de Albertos el de Progreso, como en Madrid y luego a la del Galgo el de Lachambre. Agárrate que chispea. Es casi seguro que la calle del Grajo lo fuera donde mueren las tres primeras, continuación a su vez, a través de la Placeta, de la del Galgo, hoy Alberca Lorente, trozo al que en aquel tiempo se denominó del Moral, por la misma causa progresista. La del centro, de las tres paralelas, hoy Juan de Dios Raboso, se-

ría la del Vicario y la calle de la Victoria sería la del Quintanar, pues hacia allá va, aunque no por lo derecho, callejueando por detrás de la calle Ancha.

El 4.º comprende la calle Ancha, Cruz Verde, Baladrón y Alto de Soria.

Esta calle Baladrón pudo serlo la actual de Manrique de Lara o la de Jaque, pero lo sería la primera.

El 5.º cuartel es idéntico y no ofrece complicaciones.

El 6.º comprende las esquinas de la Fábrica, Placeta de Santa María, Nabajo, cortando por las Monjas de San José a la calle de Morón y la de la Cárcel. Las esquinas de la Fábrica, dicho así, sustantivamente en todas las clasificaciones, no pueden ser más que las de la Fábrica del Salitre. Sobre la calle Nabajo no me atrevo a aventurar hipótesis, pues parece que estaba más allá de la Placeta y no es San José que se cita claramente, pudiera serlo la del Rosario.

El 7.º comprende la calle Santana, San Juan, Santo Domingo y las Placetas del Rosquero y de los Dolores.

La Placeta del Rosquero era la de Cervantes actual y la de los Dolores, donde está la Virgencilla en la puerta de la Elisa que antes formaba más placeta que ahora.

La cuartelada octava es igual y la novena también, pero la décima resulta muy enrevesada, con las calles de la Pringue, Marotos, Mon-

tes, Tiesa del Tallo, Tinte y Placeta de Ligeró.

La de la Pringue ya se sabe que se llamó de la Tahona, por similitud de nombre madrileñista del horno de Quiñones y de la Independencia después por imperativos del siglo de las luces, pero la calle Marotos, como no lo fuera la del Mediodía no

me atrevo a decir cual y la Tiesa del Tallo pudo serlo la actual de Quintano.

Ahí queda eso, amigos y aquí espero los resultados de vuestras deliberaciones o de vuestras investigaciones. A ver si hay suertecilla y sacamos algo en limpio. Tener confianza, que ningún esfuerzo se pierde en la vida y no va a ser el nuestro el primero del que no quede memoria. Aquí quedaremos todos para que nos encuentre juntos el que nos busque o persiga algo de nuestro tiempo en el futuro.



SUCEDIDOS

De poder a poder

Por el camino del Medio venía hacia el pueblo José María Villena en el carro con otros y por el mismo camino venía andando el Diablo.

Al llegar a él dice José María a sus compañeros:

—Le voy hacer de subir pero no lo voy a dejar meter baza.

Y así sucedió. Cuando el Diablo intentaba tomar la palabra José María redoblaba su esfuerzo mientras que con las manos le pedía silencio.

Llegaron al lugar y se apeó el Diablo sin haber podido decir ni pío y el otro comentó:

—Esta noche revienta.

Una de cal y otra de arena

Silverio araba una almanta bien y otra mal, pero muy bien y muy mal. Le preguntaron por qué hacía eso y contestó:

—Para que los habladores sepais que yo se arar de dos maneras, bien y mal y no podáis decir nada.

División portátil

Jesús solía regañar mucho con la mujer y cuando se enfadaban ponía un tablón en la cama para dividirla en dos y no rozarse.

Después de varios días de morro, una noche estornuda él y ella dice:

—¡Jesús!

Y él pregunta:

—¿Lo dices de corazón? Pues quita el tablón.

En una procesión, un cofrade scitó un cuesco y el alcalde, que iba detrás, le puso una multa de 20 reales, no por el cuesco, que era natural, dijo, sino por alzar la pata al soltarlo.

REALIZACIONES

Se hablaba en el libro anterior de realizaciones alcazareñas, verdaderamente ejemplares por su orientación, por su costo y por la época en que se hicieron, echándose por delante de la inmensa mayoría de las poblaciones españolas.

Tan importantes obras pudieron hacerse por las buenas condiciones de convivencia entre los vecinos, que permitieron, no solo el acuerdo imprescindible, sino el reconocimiento de la utilidad general, anteponiéndola a toda mira resentida o egoísta y el entusiasmo para su realización, con esfuerzo y sacrificio propios, condiciones en las que van envueltas todas las cualidades nuestras.

Era muy legítima la satisfacción del alcazareño al considerar sus haciendas y muy natural que se recreara en sus resultados, orgulloso de ver a su pueblo por el camino de los adelantos y sobre todo de ser él, el pobre pardillo, el que lo llevaba a sus expensas, ante la admiración y el aplauso de los higienistas, los economistas y los sociólogos que conocieron y asesoraron sus proyectos.

Entonces asomaba la alucinación quijotesca y el alcazareño gustaba de ponderar la importancia de su pueblo, -segundo Madrid- y de discernir su alcurnia de capitalidad comarcal, conforme a la geografía.

Entregado ya a la divagación se entretenía en lo accesorio y apetecía, como signos de su importancia, que vinieran los quintos, que trajeran los presos, dirimir aquí los pleitos y hasta que hubiera una guarnición castrense, como en Madrid, cuyo espectáculo de la Parada absorbía la atención de los viajeros, hasta el punto de ser motivo del viaje y aunque no, la expansión principal y el mayor gozo, mercedamente, desde luego, por su brillantez y seducción, pues más de cuatro veces subí yo la calle de Atocha, marcando el paso, en pos de los Regimientos que iban al relevo de Palacio desde los cuarteles del Pacífico, con sus bandas de música al frente, tocando aquellas marchas que enardecían el entusiasmo.

La inquietud alcazareña quedó paralizada en un momento crítico, cuando el alcazareño, superadas sus mayores dificultades y satisfechas sus necesidades primarias, empezaba a enfrentarse consigo mismo, dispuesto a la transformación de su persona, que es lo que le hubiera dado al pueblo, con el nombre o sin el nombre, el carácter de capitalidad, porque para serlo le bastaba su vitalidad como a otros muchos pueblos españoles -Vigo, Jerez, Linares, Cartagena, Gijón, Talavera, Béjar, Reus, etc.-

No en balde, algunos de los hombres que más influyeron en la vida local, de los muchos forasteros que inyectaron savia nueva en nuestras venas, -Santiaguillo, Castillo, Ricardo, D. Felipe Arroyo, Jaén, etc.-, se enfrentaron con el problema de la instrucción, tomándolo como básico, dándole vueltas y vueltas, viéndolo ellos, haciéndoselo vivir a los demás y encareciendo su importancia, aunque otras obras más apremiantes obligaran a diferir su planteamiento y solución, pero la prueba mejor de que la falta y la idea de solucionarla se sentía por todos, es que las escuelas se construyeron por alfabetos.

La circunstancia de que en las zapaterías, barberías, guarnicionerías y otros talleres se leyera a diario el papel en alta voz, trabajó

mucho la opinión alcazareña, la mantuvo informada de lo que sucedía y se hacía en el mundo y permitió discurrir e intercambiar opiniones durante muchos años, poniendo en sazón el espíritu público para solidarizarse ante los problemas que con el tiempo se fueron planteando.

Aquellos hombres mismos, a pesar de su relativa preeminencia, echaban de menos la pericia y la base cultural que les hubiera permitido lograrla, cosa que se puede deducir, estrictamente, del enfoque que procuraron a su sucesión, lográndolo o nó, que eso es lo de menos y no dependiente de ellos solos: lo demostrativo es hacer, no alcanzar.

En todos bullía la idea del segundo Madrid, del adelanto, de la ilustración matizada del barriobajerismo de la Capital y de ser como ella, espejo o ejemplo y ayuda de sus colindantes.

La complejidad de este sentimiento, la multiplicidad de factores que integran el problema, no todos dependientes de nuestra voluntad ni a nuestro alcance inmediato y la amplitud de la comarca, no han permitido todavía la madurez necesaria para el pleno desarrollo de esa anhelada capitalidad y que Alcázar se mida sus fuerzas con el propósito, que si bien le traerá muchos beneficios no serán menos las obligaciones que le imponga, pues para mantener su rango, la gran ciudad ha de atender las ne-

cesidades de todas las que le rodean y surtir las de lo que por su reducido vecindario no puedan tener ellas mismas.

Ha de facilitarles la relación con buenos caminos y medios de ir y venir.

Ha de poner a su alcance los recursos de la técnica, del comercio y de la industria.

Ha de estar apercebida siempre de los adelantos para aplicarlos y difundirlos, sabiendo que su alcurnia se resentirá de los descuidos y que no prevalecerá por el provecho particular, sino por el beneficio general.

Ha de acoger a la infancia, prepararla y evitarle los desplazamientos lejanos y peligrosos. Y ha de acometer de lleno su preparación propia para todas esas funciones, creando las enseñanzas que le han de servir de base.

Ha de trabajar, en suma, sin descanso, con la ilusión de lograr su propósito y la seguridad de alcanzarlo, fortaleciendo su economía y encauzándola hacia el fin perseguido, oponiéndose tenazmente a todo despilfarro y a toda frivolidad de conducta.

Para alcanzar la capitalidad proclamada no hacen falta expedientes ni mendicatorias demandas por despachos suntuosos, protocolarios e inútiles; basta y sobra con que cada alcazareño hinque bien en su corazón el mástil de esa bandera, dispuesto a no arriarla aunque le cueste la vida y a dedicarle, cada uno en su menester, el sacrificio que le demande, pues ni siquiera hace falta el derecho; basta con el hecho y ese se crea con el esfuerzo propio, si se quiere de verdad, que no de boquilla. Los reconocimientos, el derecho, vienen luego, como añadidura, pero lo firme, lo seguro y duradero, es lo que se hizo antes para merecer esa legalización, para fundamentar y legitimar el derecho, que aunque no llegara a reconocerse nunca siempre funcionaría como la más íntegra efectividad.

* * *

De unas diferencias surgidas en la Estación y de las conversaciones habidas para zanjarlas entre los Jefes y los Maquinistas y Fogoneros, en un 25 de noviembre de hace unos ochenta y cinco años, se tomaron los siguientes acuerdos:

"Se hará el servicio con arreglo a un cuadro estudiado de manera que el personal tenga mayor descanso que el actual.

ACUERDOS CURIOSOS

El personal no podrá negarse a hacer el servicio aunque no siga el gráfico por efecto de necesidades del servicio.

El Ingeniero Jefe de Tracción, procurará hasta donde sea ha-cedero que el recorrido no exceda del gráfico.

Accediendo a los deseos expresados, se aumenta desde el día 26 del mes próximo el sueldo fijo de los maquinistas.

De primera clase, 300 reales mensuales.

De segunda clase, 200 reales mensuales.

Fogoneros de primera clase, 150 reales mensuales.

De segunda clase, 100 reales mensuales.

De tercera clase, 50 reales mensuales, haciéndose en sustitución la correspondiente rebaja en las primas últimamente acordadas.

Las primas que resultasen serán repartibles a razón de dos tercios a favor de los maquinistas y de un tercio a favor de los fogoneros.

Respecto a las enfermedades, se estará a lo que el Consejo acuerde con carácter general aplicable a todos los servicios al revisar las disposiciones vigentes, estableciendo reglas fijas acerca del derecho de los empleados.

No podrá hacer servicio en las máquinas personal que no sea capaz para auxiliar al maquinista en la conducción del tren, a cuyo fin se dictarán por el Consejo las disposiciones oportunas.

El Consejo encarga el estudio de las mejoras posibles en los cuartos de descanso.

Los Jefes de Depósito podrán conceder un día de permiso por mes, siempre que el servicio lo permita.

El Consejo aprobará las bases y modelos de contratos a los que podrán optar los que prefieran esta fórmula de compromisos recíprocos, como existe ya en otras partes.

El Consejo, con la conciencia de haber llegado al extremo de las condiciones que permitan sus deberes ante los accionistas, confía en que la satisfacción amplia dada a las aspiraciones del personal reclamante y hará comprender a éste los grandes deberes que le incumben, a su vez, en el porvenir y ante el leal cumplimiento de éstos, el Consejo ofrece a todos el olvido de lamentables divergencias que no se han de reproducir jamás ni dejar rastro entre los mismos empleados, cualquiera que haya sido su actitud".

* * *

Luis Sierra fue un hombre de éstos que les entra por derecho la buena vida cuando nacen y se les mantiene hasta morir.

Se crió solo con la Encarnación la de la Lonja, a la que heredó y se casó con la Eusebia, criada también sola por Juanaco y la Cándida, matrimonio estéril, en el horno de la calle Ancha. En

Cuentos y Cuentas

o

costumbres caducadas

uno de ellos, porque en aquella época había también otro, el de Chicharras, en el rincón de más acá, donde después estuvo el tío Bollero, Minaya, sin contar el de Raspilla en la esquina de la Cruz y el de Madrid en el comedio de la calle Machero, los cuatro en la misma acera y en un pie de terreno.

Luis y la Eusebia tampoco tuvieron sucesión y a pesar de su buen carácter lo pasaron aburridos, más resignada ella y más dicharachero él, pero en la calle que no dentro.

Ya maduro, se pasaba las mañanas enteras sentado en la puerta de su casa, desde que se levantaba, porque hasta ir a la plaza le cansaba o bien en medio de la calle, pegando la hebra con todos los que pasaban, hasta que lo desalojaba el sol al acercarse al cenit, porque a su casa le daba de lado desde mediodía. Gustaba de chicolear a las mozas tratándolas con confianza.

Entonces tapaban los novios las ventanas y las fraguas atendían estas pequeñas necesidades de los zagales haciéndoles los ganchos para colgar las mantas, los partidores rameados para las novias, amén de, luego, los badiles y tenazas, trancos, trébedes y candiles para el fuego.

Los novios, envanecidos de su hombría, solían alardear de sus logros a pesar de lo muy avisadas y apercebidas que estaban las novias para no dejarse.

Para "hablar tarde" utilizaban diversos artificios, algunos de peligro real, pero en las ventanas de abajo era corriente poner piedras gordas para subirse a ellas o bien una tabla con dos cuerdas atadas a la reja.

Con las piedras los novios borriqueaban a sus anchas, pues a veces las tenían que traer desde una legua y las muchachas se ponían tan huecas, valorando el querer por el esfuerzo.

Lo malo era llevárselas cuando se le iba la fuerza a la gaseosa, si después de traída no alcanzaba bien y en ocasiones se juntaban varias contra las paredes de la casa, por lo que Luis pudo preguntar socarronamente en una puerta:

—¿Qué, es que vais de obra?

En otra ocasión, una de las que tenían el cruce por su puerta y le decía cosas le refirió sus cuitas con aquel mal hombre que al reñir iba contando si le había hecho o dejado de hacer.

—¡Toma, -contestó Luis, con aquel desenfado-, di tú lo que le has hecho a él y ya estais en paz!

*

*

*

A cada paso salta en estos apuntes la nomenclatura alcazareña, bien con los nombres de las calles, impropios e inexpresivos o con los de las personas, huecos, infatuados o ridículos. ¡Con lo hermoso y duradero que es lo propio, natural y sencillo!

Pero Alcázar tiene eso, que le resultan muy pegadizas todas las corrientes y se desprende con facilidad de lo añejo.

Habían cesado un poco los nombres de los enciclopedistas franceses y de las celebridades nacionales, desde los Reyes Godos que reencarnaron aquí íntegramente y ahora, aparte de las denominaciones incomprensibles que se dan a los niños; en sustitución de los diminutivos o de los hermosos moteles que la ternura sugiere a los padres, ahora, digo, estamos en la racha de los nombres duplicados, con numerosas alternancias: Juan Miguel, Miguel Angel, Juan Antonio, Pedro José, Juan Domingo, etc. y todo por lo de José Antonio, por lo de Juan Carlos o Luis Miguel Dominguín y Pepe Luis Vázquez. Cuando estos niños y estas Antonia Marías y María Franciscas, sean grandes, habrá un confusiónismo mayor del que hay ahora con los Amalricos y Chindasvintos, que al fin, olvidados ya los patronos de sus nombres, se pintan solos y se les distingue bien aunque no siempre se les nombre a derechas, pero los de ahora necesitarán los nombres, los apellidos y alguna otra cosa para saber de quién se trata y surgirá otra vez el mote, certero y maravilloso, que lo resume todo, lo aclara y lo puntualiza.

De los nombres de las calles más vale no hablar, pues nos han dejado a los nativos sin saber por dónde andamos, con un aturdimiento superior al de cualquier recién llegado, pues hasta cuando hay coincidencia se cae en la discrepancia. Tenemos el camino de Murcia, como otros, pero ese nombre que debía revitalizar la antigua calzada, se le da a otra calle, reemplazando el nombre que tuviera, porque lo de camino parece que suena mal, como si las calles no empezaran siendo caminos y lo fueron siempre, cuando menos para ir a las casas que en ellas se hicieron.

Con la frecuencia que reaparecen los muertos en Alcázar, ¿por qué no vendrá Estrella un día al Ayuntamiento, que es como su casa, con la garrota dispuesta a enderezar estos pequeños entuertos?

*

*

*

Se acabó este libro XIX y al mismo tiempo me nació el 19 nieto, al que casualmente llamaron José, como mi padre, que tanta parte tiene en esta obra, y como su abuelo materno, apadrinándolo mi hija Josefa, que lo es por mi hermana, y su marido, también hijo de José, aunque se popularizara como Pepe.

En vista de tantas coincidencias agradables iremos a por el XX. ¡Y veremos quién le pone el cascabel al gato!

C A R A Y C R U Z

En la portada del libro anterior se publicó el dibujo de Elvira Samper representando "la casa donde nació Cervantes", cerrada ya, deshabitada y a punto de hundirse en la mayor soledad, pero no faltó la curiosidad de alguien, -la anónima, insospechada e inútil curiosidad-, que recogiera en una fotografía el momento preciso en el que los picos y azadones completaban la acción del tiempo y del descuido.

Emilio Paniagua, reserva caudalosa y desinteresada de efemérides alcazareñas, tiene una de esas fotografías y la ha prestado generosamente para que se perpetúe en esta obra tan singular recuerdo.

Y ahí queda en beneficio de las generaciones venideras.



La casa tiene para mí otra significación y otros recuerdos, anteriores al centenario de 1905, por ser una de las que iba con mi padre a los zurras dominigueros.

Su dueño, Juan de Mata el Parrarro, -Juan de Mata Marcos de León-, alto, seco

y huesudo, abuelo materno de los Galgos que la heredaron después, por haberse casado su hija, única, con uno del tío Diego, tenía en ella su vivienda y la zapatería, que era uno de los foquillos primitivos de la Villa.

Ni las glorias cervantinas ni los pujos idealistas de después, le sirvieron para maldita la cosa y se desplomó, como todo lo viejo caduco, silenciosamente y sin despertar ningún dolor en su contorno.

Mucho antes había desaparecido el obelisco que se construyó en medio de la Placeta cuando se puso la lápida en la casa y nadie lo recuerda. De que existió la casa ¿quién podrá acordarse ni quién lo piensa ya?



Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA
Primo de Rivera, 4
ALCAZAR DE SAN JUAN
1 9 6 7